PEDRO MUÑOZ SECA

CALAMAR

CASI PELICULA POLICIACA EN TRES JORNADAS

GUTIERREZ

SEMANARIO ESPAÑOL

:-: DE HUMORISMO :-:

24 páginas. Cuatro colores. 30 céntimos.

Xaudaró.—Tovar.—Penagos. Ribas.—Bartolozzi.—Baldrich.—Karikato.—Roberto.—Barbero.—López Rubio.—Tono. Etcétera.

K-HITO, director.

Los mejores escritores humorísticos.

CONCURSOS RAROS.—SECCIONES EXTRAÑAS

¡Contra la neurastenia!

¡Contra la hipocondria!

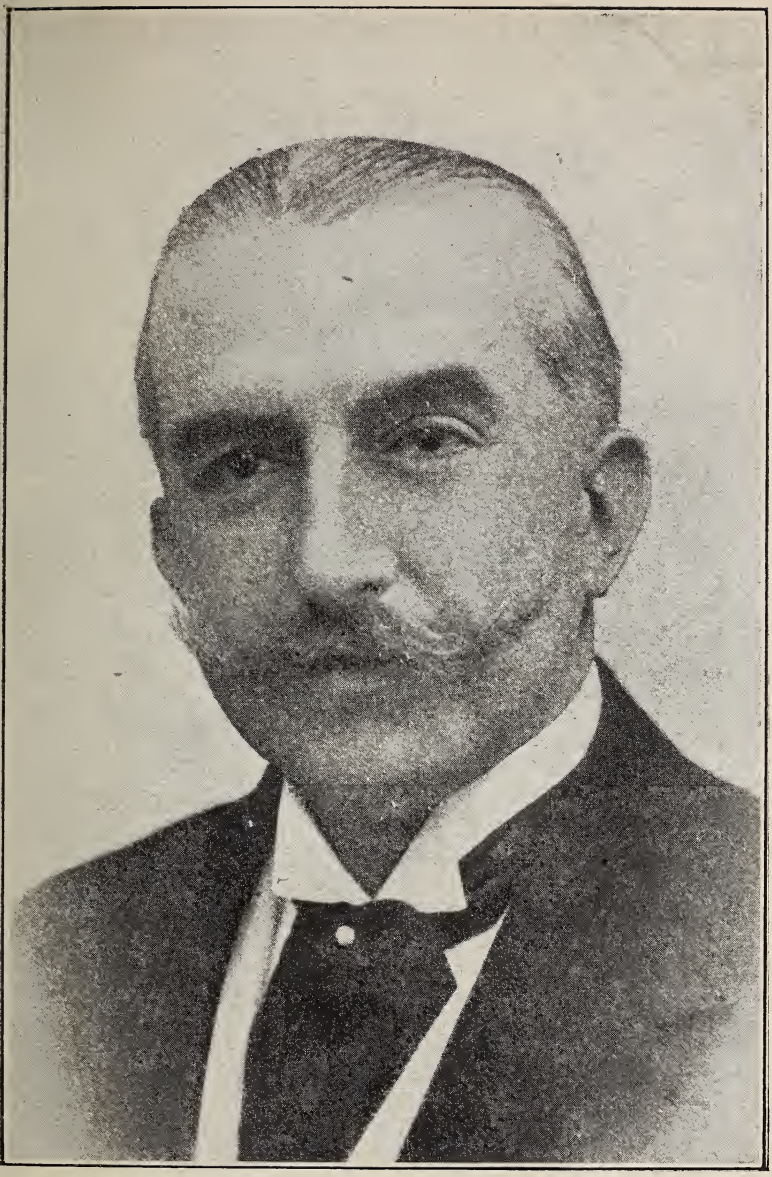
HUMORISMO SANO.—BUEN GUSTO

COMPRE V. TODOS LOS SABADOS

GUTIERREZ

Administración: Rivadeneyra (S. A.)

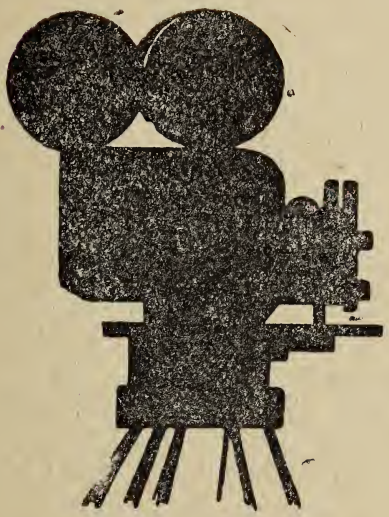
Paseo de San Vicente, 20.—MADRID



T. Mueller Sen

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/calamarcasipelic00muno



CALAMAR

CALAMAR:

SR. ORTAS.

PEDRO MUÑOZ SECA

CALAMAR

CASI PELÍCULA POLICIACA EN TRES JORNADAS, DIVIDIDAS EN VARIAS PARTES, CON ALGUNOS LETREROS Y PRIMEROS PLANOS

Estrenada en el teatro de la Comedia, de Madrid, el día 25 de noviembre de 1927.

LA FARSA

D I. ✱ 17 DE DICIEMBRE DE 1927 ✱ NUM. 14

MADRID

REPARTO

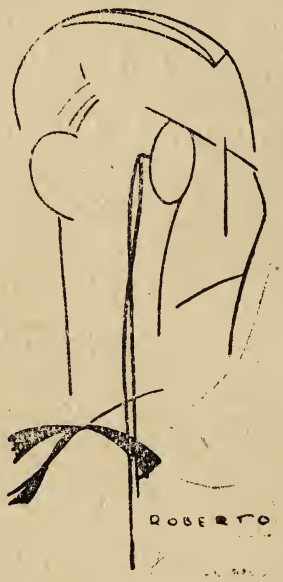
PERSONAJES	ACTORES
Laura	Sra. Muro.
Virginia	Srta. Sampedro.
Marta	Sra. Mayor.
Gúndula	» Siria.
Ana	Srta. Carmona.
Flora	» Gómez Ferrer.
Berta	» López Domínguez.
Balanda	» Villegas.
Floberta	» Bañares.
Anania	» Losada.
Germina	» Sagaseta.
Calamar	Sr. Ortas.
Gotrán	» Zorrilla.
Horacio	» Pedrote.
Raterio	» Riquelme.
Luis	» Rodríguez.
Polión	» Tobías.
Pan-kú	» Manzano.
Gustavo *Coronel*	» Araña.
Hueves *Scamil*	» Aliman.
William *Agamenón* *Frend*	» Amil.
Colén	» Lozano.
Dióscoro	» González.
Brend	» Campa.

PRIMERA JORNADA

PRIMERA PARTE

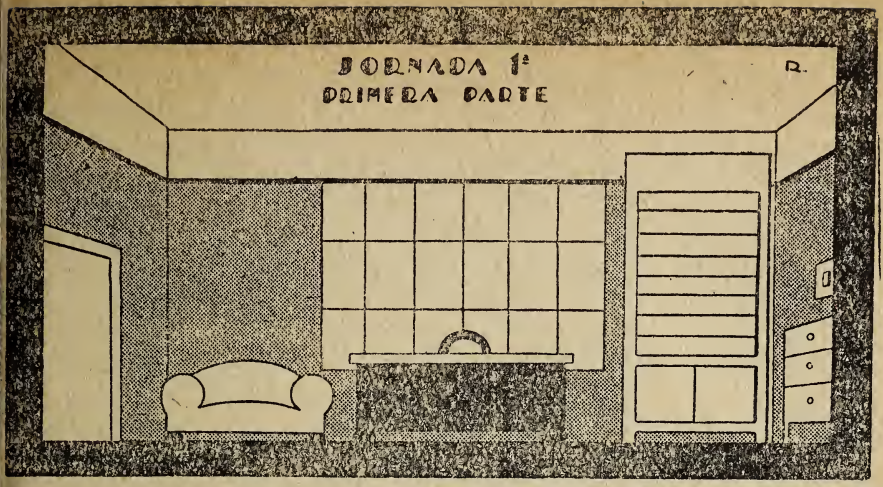
671723

EN EL CANTÓN DE FERONIA (ESTADOS CASI UNIDOS), LUIS DE FILQUEMONT, INVENTOR DEL TOXPIRO DE SU NOMBRE, RECIBE LA VISITA DEL FAMOSO DETECTIVE HORACIO PIFFART



HORACIO PIFFAR:

SR. PEDROTE.



Lujoso despacho en las oficinas de Luis de Filquemont. Una puerta en cada lateral. Es de día. Decoraciones y trajes, así como los muebles, en distintos tonos de sepia o de gris, para dar idea de fotografía.

(Luis de Filquemont, un muchacho tan elegante como simpático, pasea inquieto y dando muestras de una gran preocupación. Se detiene y hace sonar un timbre. Tras una breve pausa entra en escena, por la derecha, FREND, *un ordenanza joven.)*

FREND.—¿Señor?

LUIS.—¿Ha vuelto Pan-kú?

FREND.—Acaba de llegar.

LUIS.—Dígale que le espero. *(Frend se inclina respetuoso y se va por la derecha. Luis se dispone a encender un cigarrillo, diciendo preocupadísimo.)* ¡Sería horrible!... ¡Horrible!

PAN-KÚ. *(Chino, vestido a la europea; por la derecha.)*—Señor...

LUIS. *(Con ansiedad.)*—Y bien...

PAN-KÚ.—La señorita Flora Morell salió ayer de su domicilio a las nueve de la mañana para venir a la oficina. El portero la vió subir a un taxi que había casualmente a la puerta y oyó claramente que dió al chófer las señas de esta casa: Avenida de Los Catorce Puntos de Wilson, ciento nueve...

LUIS.—¿Y después?...

PAN-KÚ.—Nadie ha vuelto a saber de ella. *(Luis hace un gesto de desesperación.)* De su casa avisaron anoche a la Dirección de Policía, sin que hasta la fecha hayan recibido noticias de ninguna clase.

LUIS.—¡Esos canallas!...

PAN-KÚ.—¿Cree el señor que Flora Morell ha sido también víctima de...?

LUIS.—Sí; estoy seguro de ello. Pero yo le juro que no se han de salir con la suya. ¡Miserables!... Vaya a la Dirección de Policía, por si han averiguado algo, y diga a Frend que me avise en cuanto llegue mi compatriota Horacio Piffart, el célebre detective, a quien he llamado por telégrafo.

PAN-KÚ.—Sí, señor. *(Medio mutis.)*

LUIS.—¿Hay alguien en el salón de visitas?

PAN-KÚ.—Un marino mercante, el capitán Hoker, compatriota también del señor, que aguarda a que el señor pueda recibirle. Creo que desea pedirle una recomendación.

LUIS.—Diga a Frend que al oír el timbre le haga pasar. *(A una señal de Luis, Pan-kú se inclina y se va por la derecha. Luis llama por teléfono.)* ¿Blait?... Sí... ¿Y nada tampoco?...

ANA. *(Entreabriendo la puerta de la derecha.)*—¿Se puede? *(Luis le indica por señas que entre y continúa escuchando por teléfono y asintiendo. Ana, mecanógrafa, de aspecto un poco sombrío, que trae unas cartas, aprovechando la ocupación de Luis estudia de una ojeada la habitación.)*

LUIS. *(Al teléfono.)*—Sí... Ya sabe cuál es la consigna. *(Deja el teléfono, mira a Ana y la sorprende en su fisgoneo.)* ¿Eh?... *(Ana se inmuta y procura disimular.)* ¿Qué trae?

ANA.—Me envía el señor Bluk con estas cartas.

LUIS. *(Sentándose a la mesa.)*—¿Es usted nueva en la oficina?

ANA.—Llevo aquí cinco días. Fuí recomendada a usted por la señorita Virginia de Secabia.

LUIS.—Sí, ya recuerdo.

ANA.—Como ni ayer ni hoy ha venido a la oficina la señorita de Morell he sido encargada por el señor Bluk del despacho de la correspondencia urgente.

LUIS.—Bien. *(Repasa las cartas y las firma. Ana aprovecha este momento para volver a mirarlo todo siniestramente.)* Tome usted. Puede retirarse. *(Ana recoge las cartas firmadas y se marcha por la izquierda. Luis, pulsando el timbre, dice viéndola marchar y como alejando de sí un mal pensamiento.)* Todos me parecen enemigos.

FREND. *(Por la derecha, anunciando.)*—El capitán Hoker. *(Entra en escena un hombre como de cincuenta años, de barba y bigote grises, vestido de capitán de la marina mercante en traje de a bordo. Dará la sensación de un marino que acaba de desembarcar.)*

HORACIO.—Buenos días, señor de Filquemont.

LUIS.—Buenos días, capitán.

HORACIO.—Traigo unas letras de presentación de su señor

padre, mi gran amigo el coronel Filquemont *(Le da una carta.)*

LUIS. *(Después de leerla.)*—Está usted en su casa, capitán. Dígame en qué puedo servirle. *(Le indica una silla y hace señas a Frend para que se retire. Vase Frend por la derecha.)*

HORACIO. *(Tras una breve pausa, quitándose la barba y el bigote.)*—Ha cometido usted una gran ligereza al llamarme telegráficamente.

LUIS. *(Gratamente sorprendido.)*—¡Horacio Piffart!...

HORACIO. *(Imponiendo silencio y después de cerciorarse de que no es escuchado por nadie.)*—¿Es que deseaba usted que supiera mi llegada todo el mundo? Ha puesto usted sobre aviso a las autoridades del cantón, y desde que he entrado en Feronia estoy vigilado estrechamente. Por fortuna creo haber burlado hace un momento la sagacidad de mis perseguidores.

LUIS.—Siéntese.

HORACIO.—Gracias. *(Se sientan.)* Y bien, amigo Filquemont, ¿qué diablos le ocurre? Cuénteme, hombre. Figúrese que no sé nada de usted. Bueno, y en realidad sé bien poco; lo que sabe todo el mundo en Estania: que es usted el más joven de nuestros grandes ingenieros; que salió de su patria hace seis años; que vino a este país vecino a ampliar sus estudios, y que, según dicen, ha inventado usted una substancia tan sumamente destructiva y deletérea que la nación que la posea y la emplee como elemento de combate será la dueña del mundo. ¿No es así?

LUIS.—En efecto. Se trata de una substancia que al explotar produce un gas muy expansible, y tan extraordinariamente venenoso que todo el que lo aspira cae como herido por el rayo. Lo importante de mi invento es la rapidez con que se dilata el gas nocivo. La explosión de uno de mis toxpiros sobre París o sobre Nueva York, causaría en brevísimo tiempo la muerte de casi todos sus habitantes.

HORACIO.—¿Y no hay manera de precaverse?

LUIS.—Unicamente la careta ideada por mí y que neutraliza los efectos del tóxico.

HORACIO.—¿Y ha podido usted hacer experimentos?

LUIS.—En dosis pequeñísimas y con maravillosos resultados. Rebaños enteros han sucumbido ante explosiones insignificantes, y hace unos meses, en las pruebas oficiales y de acuerdo con el gobierno de Feronia, uno de mis toxpiros dió muerte a todos los animales que poblaban el bosque de Foret, un bosque antes peligrosísimo, y que es, desde entonces, el mejor parque de la nación.

HORACIO.—Y Feronia quiere para sí ese invento, ¿no es eso?

LUIS.—Me ha ofrecido por él una suma fabulosa, lo mismo

que otras varias naciones; pero yo estoy decidido a que mi invento sea para mi patria, porque gracias a él puede llegar a ser Estania la más poderosa de las naciones. Han intentado muchas veces robarme, tanto la fórmula del toxpiro como la del líquido que lo neutraliza. No han destruído ya todo esto porque temen que, al destruirlo, alguna explosión origine una catástrofe, y no me han dado muerte porque saben que el día que yo fuera asesinado, alguien, para vengarme, destruiría muchas vidas.

HORACIO.—¿Qué intentan entonces?

LUIS.—Ya que no otra cosa, quieren que la fórmula de mis inventos no salga de Feronia. Hay más de cien hombres encargados de vigilar cuanto hacen mis auxiliares. Se les somete a registros minuciosos; se abren las cartas que escriben, se analiza cuanto sale de aquí, sea como sea. Usted cree haber burlado la vigilancia a que está sometido y es posible que haya sido así; pero al salir de esta casa será usted registrado y examinado y descubrirán su verdadera personalidad. Nadie que venga a verme se libra de estas vejaciones. Y nadie quiero ver yo para no llevar a ninguna parte perturbaciones ni molestias. Hoy hace tres meses que no salgo de estas oficinas.

HORACIO.—¿Le está vedado abandonar el Cantón?

LUIS.—Ni siquiera puedo salir de la capital.

HORACIO.—Me han hablado de una señorita Virginia de Secabia...

LUIS.—Sí. A raíz de las pruebas oficiales, el gobierno encargó al entonces ministro de Estado, el conde Raterio de Secabia, que tratase conmigo de la compra del invento. Desde entonces, el conde, que no se da aún por vencido, me visita asiduamente, y con él suelen venir su esposa y su hija, una mujer tan bonita como inteligente, que después de haber intentado, como su padre, reducirme por todos los medios, me hace creer ahora que no le importan ni mi invento ni su patria. Que únicamente le importo yo, porque... se ha enamorado de mí. Argucias de mujer intrigante.

HORACIO.—¿Y usted, no?

LUIS.—Yo, amigo Horacio, y esto sí que es triste, había puesto en otra mujer mi cariño. En otra mujer, que era mi confidente, mi consejera... Una de mis ayudantes: Flora Morell.

HORACIO.—¿Y Flora Morell?

LUIS.—Flora Morell ha desaparecido.

HORACIO.—¿Eh?...

LUIS.—Este golpe ha sido el más certero para mí, porque éste ha ido derecho al corazón.

HORACIO.—¿Sabían todos que usted quería a Flora?

LUIS.—No lo sabía nadie: ni ella misma... Al menos yo no se lo dije jamás, y ocultaba mi sentimiento para evitar precisamente lo que ha sucedido. ¡Canallas!... Bien saben lo que han hecho, porque ahora mismo, por salvarla, daría yo, no mis inventos, cien vidas que tuviera.

HORACIO. *(Tras una pausa.)*—Es muy interesante cuanto me acaba usted de contar, amigo Filquemont; muy interesante. Claro que usted deseará que las fórmulas de sus inventos sean trasladadas a Estania para asegurar de ese modo...

LUIS.—Es mi único afán.

HORACIO.—¿Abultan mucho esos papeles?

LUIS.—Lo bastante para que no puedan pasar inadvertidos. Vea usted. *(De un mueble que tendrá algún secreto, que se abrirá de un modo original, extrae un sobre no muy grande y saca de él dos planos blancos, que extiende sobre la mesa para que Horacio los examine.)* Un ingeniero experto lograría en el acto entender todas estas fórmulas.

HORACIO.—Es curioso.

FREND. *(Dentro.)*—¿Señor?...

HORACIO. *(Tapándose la cara con uno de los planos como si leyera en él.)*—Puede pasar.

LUIS.—Adelante, Frend.

FREND. *(Entrando por la derecha.)*—En el salón de visita están los condes de Secabia con su hija.

LUIS.—Bien. Voy en seguida. *(Vase Frend.)* Vienen a despedirse de mí. El conde ha sido nombrado embajador en nuestra patria, y me dijo que antes de partir vendría a verme.

HORACIO. *(Poniéndose la barba y el bigote con sumo cuidado.)*—Querrá quemar el último cartucho.

LUIS.—Piensa quemarlo allá: convenciendo a mi padre, de que mi vida peligra seriamente.

HORACIO. *(Sonriendo.)*—¡Tendría gracia!...

LUIS.—¿El qué?

HORACIO.—Que el mismo conde llevase a Estania las fórmulas.

LUIS.—¿Eh?

HORACIO.—Hay que tener un poco de sangre fría...

LUIS.—¿Pero...?

HORACIO.—El conde, como buen sabio, será algo distraído, ¿no?... Desde luego no es ingeniero ni químico, ¿verdad?

LUIS.—Es un gran filósofo y un gran erudito.

HORACIO.—Vamos, es tonto. Bien. Hágale pasar aquí... *(Al ver el asombro de Luis.)* Yo soy el capitán Hoker, que ha encargado a usted la construcción de un pequeño astillero en el lago Sirus, cuyas aguas, excesivamente iodadas, destruyen las edificaciones. Usted me ha hecho los estudios de un ce-

mento especial a base de óxidos grélidos y trinirvios homogéneos inmunes al iodo. ¿Tiene usted una cartera por ahí?

LUIS. *(Sacando una gran cartera de un mueble.)*—¿Esta tal vez? Está llena de documentos curiosos, pero sin interés...

HORACIO.—No la vacíe. *(Tomándola.)* Da sensación de... Sí. Ya se la devolveré. Aquí van los planos del astillero Hoker. Usted mete en su sobre estos otros pliegos, que son las fórmulas del nuevo cemento, y me lo da. Yo, al pagarle, me olvido de guardar el sobre en mi cartera... ¿Tiene usted ahí dos mil dólares? Ese debe ser el precio. Nada de cheques. El dinero da un gran aspecto de verdad a las cosas...

LUIS. *(Dándole unos billetes.)*—Tome usted.

HORACIO. *(Guardándoselos.)*—Como yo me marcho sin el sobre, usted suplica al conde que puesto que va a Estania... Apunte ahí en los planos mi dirección... Con lápiz... Capitán Hoker, Rubrik, diez, Nueva Luz.

LUIS. *(Escribiendo.)*—Ya está. ¿Y ahora?...

HORACIO.—Vaya en busca de ellos. Hágales pasar aquí diciéndoles que así le librarán de mi presencia, porque llevo aquí dos horas con usted y no sabe usted cómo echarme.

LUIS.—Pero...

HORACIO.—No hay tiempo que perder, amigo Filquemont. Es por Estania, por el porvenir de nuestra patria, y tal vez... por la vida de Flora Morell.

LUIS. *(Resueltamente.)*—Sea. *(Mutis.)*

HORACIO. *(Cargando su pipa y encendiéndola.)*—Tendría gracia que... ¿Y por qué no? Tratándose de un hombre culto, erudito y algo pedante... *(Saca un espejito de bolsillo, se mira en él. En este momento aparece en la puerta de la izquierda Ana, que al verle se retira. El observa todos los movimientos de ésta por medio del espejo. Después de oye hablar dentro.)* El peligro es que no viene solo. *(Se pone a examinar los planos.)*

LUIS. *(Dentro.)*—Sí, pasen ustedes. El capitán Hoker es de confianza... *(Por la derecha entran en escena* GÚNDULA, VIRGINIA, RATERIO *y* LUIS. *Los tres primeros en plan de hacer una larga excursión en automóvil. Como es gente elegantísima no les falta un detalle. Raterio es el arquetipo del sabio atildado, correcto y distraído. Los tres saludan a Horacio con una inclinación de cabeza.)*

HORACIO.—Buenos días.

LUIS. *(Presentando.)*—Es un compatriota mío y un buen cliente: el capitán Hoker... La condesa de Secabia... Su hija... El conde Raterio de Secabia, embajador en Estania...

HORACIO.—Tanto gusto... Conque de Estania, ¿eh?

RATERIO.—No. Bueno, sí. Según.

HORACIO.—¿Lleva usted aquí mucho tiempo de embajador?

RATERIO.—¿Aquí? No, si yo no estoy aquí.

HORACIO.—¿No?

RATERIO.—Bueno, estoy aquí; pero digo que yo no soy embajador aquí. Es decir, soy embajador aquí y en todas partes, porque soy el número uno del escalafón; pero quiero darle a entender que yo estoy de embajador allá. Es decir, aun no estoy; lo soy y ahora voy. Voy hoy, pero aún no estoy.

HORACIO.—¡Ah!

GÚNDULA.—Dentro de unos minutos saldremos para allá en automóvil. Sí, es un país bonito, fértil. Sí. Grato. Dicen que se baila mucho. Sí.

HORACIO—Yo me marcho esta tarde en cualquiera de los trenes. Deseo comenzar en este mismo mes la construcción de mi astillero: el astillero Hoker, en el lago Sirus. Sí. Las aguas aquellas, cargadas de iodo, exigen para las edificaciones un cemento especial, y mi ilustre compatriota ha encontrado la fórmula. Aquí está. *(Toma el plano y lo enseña.)* Con este cemento no tendré que construir nuevos pilares todos los años. Ha encontrado... ¿eh?, lo que diríamos la receta: la medida.

RATERIO.—Justo. Ya lo dijo Horacio. *(Luis y Horacio se estremecen.)* "Est modus in rebus": en todas las cosas hay su medida. ¿Eh? Evidente, palmario, inconcuso.

LUIS. *(Aparte a Virginia, por Horacio.)*—No se va.

HORACIO. *(A Luis.)*—¿Y dice usted que la casa May-Coll puede fabricarme todo el cemento que necesito?

LUIS. *(Como un poco cansado de él.)*—Sí, hombre, sí. Con sólo presentarle la fórmula...

HORACIO. *(Por los planos.)*—¿Cómo se dobla esto que no se estropee?

LUIS.—Deme usted. *(Dobla los planos y los guarda dentro del sobre.)* Ya está. *(Dándoselo.)* Tome usted.

HORACIO.—Gracias. *(Pone el sobre en la mesa al lado de la cartera y saca los billetes que le dió antes Luis.)* Me dijo usted que sus trabajos importaban dos mil dólares, ¿no?

LUIS.—Sí, señor; pero, vamos, no corre prisa...

HORACIO.—Trabajo acabado y trabajo pagado, todos encantados. *(A Raterio.)* ¿No es así?

RATERIO.—¿Cómo?... ¡Ah, sí!... Evidente, palmario, inconcuso...

HORACIO.—Ahí van. *(Da a Luis los billetes.)*

LUIS.—Le haré un recibo.

HORACIO.—Sería ofenderme. *(Toma la cartera.)*

LUIS.—A su gusto.

HORACIO.—Adiós, amigo Filquemont.

LUIS. *(Haciendo sonar un timbre.)*—Hasta nueva vista, capitán.

HORACIO.—Señoras... Señor de Secabia... En Nueva Luz, Rubrik, diez, tienen ustedes su casa y un amigo.

RATERIO.—Ya usted sabe que aquí... Es decir, allí... Bueno, aquí y allí.

LUIS. *(A Frend, que ha entrado en escena por la derecha.)* Acompañe al capitán...

HORACIO.—Buenas tardes. *(Vase por la derecha seguido de Frend.)*

LUIS. *(Como si se hubiera descargado del más pesado de los fardos.)*—¡Uf!... ¡Gracias a Dios!... ¡Desde las once y cuarto! Nunca he ganado dos mil dólares tan honradamente. ¡Qué pesadez de hombre!

VIRGINIA.—Pues tiene mirada de hombre sagaz.

GÚNDULA.—Sí. Y cara despejada. Sí.

LUIS.—La cara engaña tantas veces...

RATERIO.—Siempre. Ya dijo Juvenal que no se podía confiar en la cara de los hombres. "Fronta nulla fides."

LUIS.—De manera que ya de marcha, ¿eh?

GÚNDULA.—Venimos a cumplir nuestra promesa. Le dijimos que nuestra última visita sería para usted. Sí.

RATERIO.—Y no para hablarle del toxpiro. Esta visita es una visita puramente amistosa.

VIRGINIA. *(A Luis.)*—Tiene usted hoy no sé qué aire de preocupado...

LUIS.—¿Yo?... Pues no...

VIRGINIA.—¿Le ha ocurrido algo desagradable? Porque la pesadez del capitán no creo que sea causa suficiente para nublarle de ese modo...

LUIS.—Le aseguro que no...

VIRGINIA.—¿Ninguna contrariedad?

LUIS.—Como no sea la próxima ausencia de ustedes...

VIRGINIA.—Muy amable.

GÚNDULA.—¡Raterio!

RATERIO.—¡Gúndula!

GÚNDULA.—Te recuerdo las letras de presentación que deseas...

RATERIO.—Es verdad. Gracias.

GÚNDULA.—Sí.

RATERIO. *(A Luis.)*—Quiero unas letras de presentación para ofrecer mis respetos a su señor padre.

LUIS.—Ya lo creo. Ahora mismo. El lo agradecerá muchísimo. *(Se sienta a la mesa.)* ¡Por vida!

RATERIO.—¿Qué?

LUIS.—¡Ese hombre!... Tanto hablar, tanto marear y se ha dejado aquí olvidadas las fórmulas del cemento... *(Hace sonar un timbre.)* Yo creí que las había guardado en la cartera... No, pues que vuelva por ellas, no. Eso de ninguna manera.

FREND, *que entra en escena por la derecha.)* El capitán ker, que acaba de salir, ha dejado aquí estos documentos. rra en su busca. Debe estar aún en la requisa policíaca. *¡Le trega el sobre. Vase Frend.)* Voy, con el permiso de ustedes, escribir esa carta. *(Se sienta a la mesa y escribe.)*

ANA. *(Por la izquierda.)*—¿Se puede?

LUIS.—Pase.

ANA. *(Entrando.)*—¡Oh, señorita!...

VIRGINIA. *(Acercándose a ella.)*—Buenos días, Ana.

ANA.—Tanto gusto en ver a la señorita, a quien estoy tan mamente reconocida...

VIRGINIA.—Bajemos la voz: el señor Filquemont está escri-ndo...

LUIS. *(Sin dejar de escribir.)*—No me molestan ustedes.

primer plano. Virginia y Ana se apoyan en un mueble que me instalado ocultamente un reflector. Queda el escenario n más luz que la que alumbra intensamente a las dos figu-s.)

VIRGINIA. *(A media voz, cerca de la puerta, misteriosamen-)*—Dime.

ANA.—La quiere. *(Gesto de rabia en Virginia.)*—Procura ultarlo, pero la quiere.

VIRGINIA.—¿Y esa mujer?...

ANA.—Está en poder de mi padre desde ayer mañana.

VIRGINIA.—Pero...

ANA.—No tema: está lejos de aquí. No la volverá a ver. Y es preciso...

VIRGINIA.—¡Calla! *(Fin del primer plano. Se separa de ella ver que Luis se levanta de la mesa.)*

LUIS.—Aquí tiene usted, querido conde.

RATERIO.—¿Eh?... ¡Ah! Muy reconocido...

LUIS *(A Ana.)*—¿Qué trae usted?

ANA.—Me olvidé preguntar a usted si esta factura era con-rme.

LUIS. *(Examinándola.)*—Sí; ya lo dije ayer.

ANA.—Perdone. *(Disponiéndose a hacer mutis.)* Adiós, se-rita. Buen viaje.

VIRGINIA.—Gracias. Adiós. *(Se va Ana por la izquierda.)*

GÚNDULA. *(A Virginia.)*—¿Quién es?...

VIRGINIA.—La mecanógrafa que recomendé a Filquemont...

FREND. *(Entrando por la derecha, con los papeles en la no.)*—¿Señor?

LUIS.—¿Qué hay?

FREND.—El señor Hoker se ha marchado.

LUIS. *(Contrariadísimo.)*—Está bien. Deme. Se ha fasti-ado el pobre, porque por correo no puedo enviárselos. Fór-

mulas y mías, no llegarían nunca a su poder. ¡Qué vamos a hacerle!... Yo no he tenido la culpa.

RATERIO.—Deme. Yo se las enviaré cuando lleguemos a Nueva Luz.

LUIS.—Si es usted tan amable. *(Le da el sobre.)*

RATERIO.—¡Qué trabajo me cuesta!... *(Cierra el sobre y se lo guarda.)* ¡Ah! ¿Tiene escrito la dirección? *(Saca el sobre y lo mira.)* No. *(Se lo vuelve a guardar.)* Usted me dirá...

LUIS.—Pues no sé... Creo que apunté las señas en el mismo plano...

RATERIO.—¿A ver? *(Vuelve a sacar el sobre y lo mira por ambos lados.)* No; aquí, no... *(Lo guarda de nuevo.)*

LUIS.—Si es dentro.

RATERIO.—¡Ah! Dentro... Sí. *(Saca el sobre de nuevo y lo abre.)*

LUIS.—Creo que era calle de Rubrik...

RATERIO.—Sí, Rubrik... Aquí está: diez. Lo apuntaré en el mismo sobre... *(Se acerca a la mesa y escribe.)* Rubrik... con k. Capitan Hoker... con h. 10... con número. Bien... Pues nada. *(Vuelve a cerrar el sobre y a guardárselo.)* Ya está. Eso es...

GÚNDULA.—Raterio.

RATERIO.—Gúndula.

GÚNDULA.—Es la hora que convinimos.

RATERIO.—Pues andando.

GÚNDULA.—Sí.

VIRGINIA. *(A Luis.)*—Amigo Filquemont...

LUIS.—¿Tardaremos mucho en volvernos a ver?

VIRGINIA.—Eso... de usted depende. Tiene usted en su mano la libertad.

LUIS.—Al precio que fijan no la quiero.

VIRGINIA.—¿Y no habrá nada que le obligue a variar de opinión?

LUIS. *(Firmemente.)*—¡No!

VIRGINIA.—¡Quién sabe!

RATERIO. *(A Luis.)*—Por Dios; va usted a molestarse...

LUIS.—No faltaría más. *(Inician el mutis por la derecha.)*

RATERIO.—Ya sabe que, a una palabra suya, el Gobierno y la nación entera se pondrán a su disposición.

LUIS.—Espero no pronunciarla. *(Se van todos. Queda unos instantes la escena vacía. Guardando todo género de precauciones entra Ana por la puerta de la izquierda. Deslizándose por la escena, se acerca al mueble de donde sacó Luis la fórmula del tóxpiro, e intenta abrirlo.)*

HORACIO. *(Por la izquierda, sin barba ni bigote, asomando cautelosamente y acercándose a ella sin ser advertido.)*—¿Tanto le interesa ese mueble, señorita?...

Calamar. *(Sr. Ortas)* | Gustavo. *(Sr. Azaña)* | Laura. *(Sra. Muro)* | Marta. *(Sra. Mayor)* | Gc rán. *(Sr. Zorrilla)*

ANA. *(Aterrada.)*—¿Eh?... *(Dispuesta a defenderse.)*
¡ién?...
HORACIO. *(Apuntándola con su revólver.)*—Un poco de
na...
UIS. *(Que ha entrado en escena por la derecha.)* ¿—¿Qué?
ANA. *(Dueña de sí.)*—Nada; una pregunta que venía a
erle, y este caballero se ha creído, sin duda...
HORACIO.—Este caballero ha escuchado desde esa puerta lo
habló usted con la señorita de Secabia.
UIS.—¿Pero?...
HORACIO.—Querido Filquemont, esta señorita sabe donde
ancuentra Flora Morell.
UIS.—¿Eh?...
HORACIO.—Su padre ha sido quien la ha raptado. A usted
la entrego; yo no puedo detenerme. El capitán Hoker tie-
que estar en Nueva Luz, para recibir la visita del conde
Secabia.
UIS. *(A Ana.)*...¿Dónde está Flora Morell? ¡¡Pronto!!
ANA.—Yo nada sé. Le engañan.
PAN-KÚ. *(Por la derecha precipitadamente.)*—Señor...
las noticias.
TODOS.—¿Eh?
PAN-KÚ.—En la Dirección de Policía dicen que Flora Mo-
ha sido asesinada.
UIS. *(Como loco.)*—¡¡Ah!! ¿Y ha sido?... *(Por Ana.)*
Mátala, Pan-kú!!... ¡¡¡Mátala!!!
ANA. *(Aterrada, a un movimiento de Pan-kú.)*—¡¡No!!
ora Morell vive!... ¡Yo diré dónde está!

PANTALLA

VIRGINIA:

SRTA. MUÑOZ SAMPEDRO.

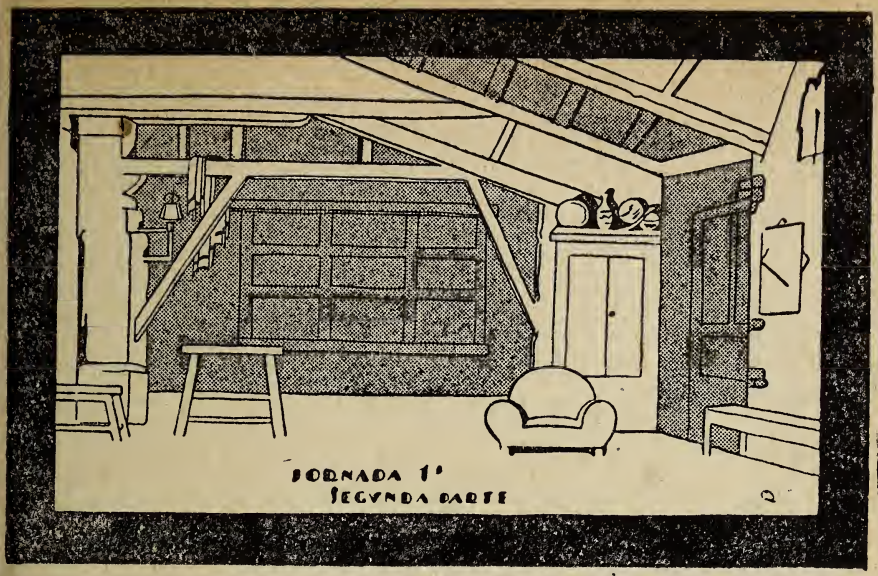
SEGUNDA PARTE

EN LOS ARRABALES DE NUEVA LUZ, CAPITAL DEL DE ESTANIA, ESTADO PRÓXIMO A FERONIA, VIVE CON SU MUJER Y SU HIJASTRA EL VIEJO ROMÁN, UN ANCIANO JUDÍO, A CUYA CASA ACUDEN DURANTE LA NOCHE ALGUNOS LADRONES DE LA GRAN URBE A VENDER LO QUE HAN ROBADO DURANTE EL DÍA.

LAURA, LA QUE FIGURABA COMO HIJA DE MARTA CLODDIN E HIJASTRA DE ROMÁN, ERA LA MÁS INFORTUNADA DE LAS CRIATURAS. ¡QUÉ MARTIRIO EL DE SU VIDA! INSULTOS, GOLPES, UN TRABAJO EXCESIVO Y UNA ESCASA, ESCASÍSIMA ALIMENTACIÓN. ¡AY!... ¡DESGRACIADA!

HASTA LOS QUE ACUDÍAN ASIDUAMENTE A LA CASA, EXCEPTO CALAMAR, LA TRATABAN DURAMENTE. ERAN HOMBRES HURAÑOS Y TRISTES; HOMBRES QUE, POR HABER VENIDO A MENOS, NO IBAN AMENOS

ADEMÁS, DESDE QUE ROMÁN PADECÍA DE DIABETES, LOS GOLPES ERAN MÁS FUERTES Y MÁS DUROS. LA POBRECILLA SOLÍA DECIR PARA SU CAPOTE: "SIEMPRE FUÉ MALO; PERO AHORA CON AZÚCAR ESTÁ PEOR."



Interior de una pobre casucha, de un solo piso, de paredes desconchadas y techo ruinoso y apuntalado. Una amplia ventana, con cristaleras y con puerta de dos hojas, cerrada, en el foro. Puerta de entrada a la derecha, y otra puerta a la izquierda que simula conducir a restantes habitaciones de la casa. En el centro del suelo, y cubierta con unas esteras, una trampa. Un arcón muy viejo, una mesa desvencijada, un estante que parece que va a deshacerse, varias sillas viejísimas y un butacón antidiluviano, forman el mobiliario de la casa. Sin embargo, la profusión de objetos que hay en el suelo y colgados de las paredes, dan a la escena el aspecto de una trapería o de un baratillo. Marcos sin cuadros, cuadros sin marcos, armas antiguas, aparatos de luz en desuso, montones de ropa, alguna talla, más o menos policromada, etc., etc. Es de noche.

(Al levantarse el telón están en escena GOTRÁN *y* MARTA. *Gotrán, o el viejo Román de este episodio, representa más de ochenta años y gasta abundosa melena y amplia barba blanca. Está sentado en el desvencijado butacón, cerca del foro izquierda; abriga sus piernas con una vieja manta, se toca con una gorra lustrosa y tiene cerca de sí un pequeño brasero. Dará la sensación de un pobre anciano impedido. Marta es una mujer como de cuarenta años, huraña, zafia, mal encarada. Sentada ante la mesa, a la que tiene sujeta con un bramante la única bombilla de luz que alumbra la estancia, echa las cartas.)*

MARTA.—Siempre el mismo naipe y siempre anunciándome lo mismo.

GOTRÁN. *(De mal talante.)*—¡Deja eso ya! Parece mentira que creas en semejante patraña.

MARTA.—Es que...

GOTRÁN. *(Furioso.)*—¡Deja eso, te digo!

MARTA. *(Muy contrariada, recogiendo los naipes.)*—¡Está bien, hombre; está bien!... *(Se levanta y guarda la baraja.)*

GOTRÁN.—Pon la señal convenida, para que vean esos que pueden entrar. ¡Vamos!

MARTA.—¡Ya voy, señor!... *(Entreabre la ventana y cuelga del alféizar un paño cualquiera.)* Tarda mucho Laura. ¿Adónde la mandaste?

GOTRÁN.—Por el diario, por tabaco y a casa de Shilen, a ver si le daba un poco de ginebra a cualquier precio.

MARTA.—Vendrá sin ella. Desde la última multa, Shilen no se atreve a vender alcohol.

GOTRÁN.—Pues si no me trae de beber ya sabes lo que la espera.

MARTA.—La tratas muy duramente.

GOTRÁN.—Peor he de tratarla. Le hace demasiado caso a ese desarrapado de Calamar, y son otros los planes que yo tengo con respecto a tu hija. ¡Mira que Calamar, ese imbécil, con más años que Matusalén. *(Llaman suavemente a la puerta.)*

MARTA.—Ahí la tienes. Muy quedo llama, para venir triunfante. *(Abre la puerta de la derecha y aparece* LAURA, *una muchacha muy bonita y muy mona, pero pobremente vestida. Está paliducha, por el exceso de trabajo y de golpes y la falta de buena alimentación. Trae un periódico y una botella vacía, y entra recelosa y temiendo una mala acogida.)* ¿Traes...? *(Tomándole la botella.)*

LAURA. *(Miedosa.)*—No...

MARTA. *(Golpeándola.)*—¡Maldita!...

LAURA.—¡Madre!...

GOTRÁN.—Dale fuerte a esa lerda, haragana... ¡Como yo me levante!...

LAURA. *(A un nuevo golpe de Marta.)*—¡Pero, madre!... Nadie tiene ginebra, ni "wisky", ni siquiera aguardiente de quemar. Shilen está en la cárcel por haber faltado a la ley, y en la farmacia, sin receta, no dan una gota de alcohol.

MARTA.—Calla, boquirrota, necia; si te voy a... *(Nuevo golpe.)*

LAURA. *(Llorosa.)*—¡Madre!...

GOTRÁN.—¿Y el tabaco? *(Laura saca del pecho un paquetillo.)* Trae.

MARTA. *(Al ver que Laura, temerosa, no se atreve a acercarse a Gotrán.)*—Dáselo.

GOTRÁN.—¡Vamos! *(Laura, recelosa, alarga a Gotrán el*

paco, y éste la coge por la mano y la trae a sí de un tirón.)
¡aldita!...
LAURA. *(Gritando.)*—¡Ay!... ¡No me pegue!...
GOTRÁN.—¡Calla!...
LAURA.—¡¡Ay!!
MARTA. *(Recelosa.)*—¡Suéltala! Es ya la hora y... *(Queda cuchando hacia afuera.)*
GOTRÁN. *(Soltándola.)*—Eso te vale. Siéntate ahí y lee lo e sabes que me interesa.
LAURA.—Sí, señor. *(Primer plano. No queda otra luz que que ilumina con gran intensidad la cara de Laura. Limpiándose las lágrimas y, sofocando el hipo de lloro, se sienta debade la luz, abre el periódico y busca en sus planas.)* Del crien de la avenida de Farlán.
GOTRÁN.—Baja la voz.
LAURA. *(Leyendo.)*—"El jefe de la policía señor Silson, spués de haber examinado detenidamente el despacho del fortunado banquero señor Storki, comunicó al juez instruc-r del sumario, señor Smait, que, a juzgar por las pruebas ıctilares, el autor del asesinato ha sido Gotrán Harún, el ristemente célebre bandido feroniano escapado hace años del residio de Koula y a quien desde entonces busca infructuoamente la policía." *(Fin del primer plano. Llaman a la uerta.)*
MARTA. *(Miedosa.)*—¿Eh?
GOTRÁN.—¿Sin dar la consigna?...
MARTA.—¿Qué hago?
GOTRÁN.—Pregunta.
MARTA. *(Cerca de la puerta.)*—¿Quién?
POLIÓN. *(Dentro.)*—Abra.
MARTA.—¿Pero quién es?...
POLIÓN. *(Abriendo la puerta desde fuera y entrando, en nedio del asombro de todos.)*—Pregunta usted mucho, buena nujer. ¿Cree usted que en todas partes puede uno decir a gritos su nombre?
GOTRÁN.—¿Eh?...
POLIÓN.—Cierre. Y cierre con cerrojo. Las llaves no sirven para nada. *(Guarda una pequeña y reluciente ganzúa.)*
MARTA. *(Agresiva.)*—Pero...
POLIÓN. *(Sordamente.)*—A callar. *(Sentándose al lado de Gotrán.)* Con permiso. *(Marta cierra la puerta. Polión es un hombre como de cincuenta años, de aspecto siniestro. Indio.)*
GOTRÁN. *(Serenamente.)*—Usted me dirá lo que desea vender o comprar.
POLIÓN.—Ni comprar, ni vender. Hay que ocultar a una persona donde ni el aire vuelva a saber de ella. Pago diez

dollares por día de pupilaje; cinco mil, el día de la salid si ha de salir con vida, y diez mil, si ha de salir sin ella.

GOTRÁN.—No sé de lo que me habla. Sin duda, padece ust un lamentable error...

POLIÓN.—¿Tanto he cambiado en nueve años, que ya no r reconoces? Soy Polión, el número ciento nueve... Contest: el caso es urgente y el asunto interesa mucho a tu país, en migo de este en que estamos.

GOTRÁN.—¿Eh?

POLIÓN.—Ya sabes que yo no pierdo mi tiempo en chap zas. En eso me parezco a tí. Lo que te propongo está relaci nado con el asunto Filquemont.

GOTRÁN.—La persona de quien me hablas, ¿es hombre mujer?

POLIÓN.—Mujer.

GOTRÁN.—Hay algo que hablar, y no es este el sitio ni l hora.

POLIÓN.—Tú dirás, entonces.

GOTRÁN.—En el café del Puerto, dentro de hora y media.

POLIÓN. *(Levantándose.)*—Hasta luego, pues.

GOTRÁN.—Hasta luego.

POLIÓN. *(A Marta, que abre la puerta.)*—Ya ve usted qu soy un amigo, aunque no lo digo a voces en la calle. *(Mirand a Laura con ojos de codicia.)* ¡Bonita es la muchacha! Buena noches. *(Mutis.)*

MARTA.—Buenas noches. *(Cierra la puerta. A Gotrán, tra una breve pausa.)*—¿Algo?

GOTRÁN.—Sí.

MARTA.—¿Bueno?

GOTRÁN.—Tal vez.

MARTA.—Dios no nos abandona. *(Rumor de voces dentro.*

LAURA.—¿Eh?

GOTRÁN.—Calla.

CALAMAR. *(Asomando la cabeza por la ventana del fondo.* Cien médicos, cien boticarios y cien dentistas, trescientos ven tajistas.

LAURA.—¡Calamar!

GOTRÁN.—Entra.

CALAMAR.—Traigo un amigo.

GOTRÁN.—Entre quien sea. *(Desaparece Calamar de la ven tana.)* ¡Haber dejado abierta la ventana!... ¡Cierra bien! *(En tanto que Marta cierra la ventana, abre Laura la puerta d la derecha y entra en escena* CALAMAR, *seguido de* GUSTAVO *Calamar es un golfo muy simpático. Viste trapienta, hilachu da, zancajosamente; pero trae en el brazo izquierdo una fla mante gasa de luto. Gustavo, desarrapado también, tiene un gran facha de artista.)*

CALAMAR.—Buenas.
GUSTAVO.—Buenas noches.
MARTA.—Buenas.
CALAMAR. *(A Gustavo, por Gotrán.)*—Aquí tienes al abuelo Román, nuestro patriarca y nuestra providencia. El abuelo te comprará, en mejores condiciones que nadie, lo que afanes por esos camerinos.
GOTRÁN.—¿El amigo es artista?
CALAMAR.—Comparsa de teatros y de cines; pero por algo se empieza, ¿no es verdad? Ha hecho cosas muy bonitas. Hace poco, en esa tragedia de "Sofóques" titulada "Equipo Rey", hacía un tebano, que era lo mejor del equipo. Y en esa película que le dicen "La liada de Homero"...
GUSTAVO. *(Rectificándole.)*—Idilia, so borrico.
CALAMAR.—¡Perdona, hombre! Pues en la "Idilia de Homero" ha hecho un esclavo que, vamos, yo no sé cómo serían los esclavos de la antigüedad remota, pero más esclavos que éste, que se limpien. Además, en ese ambiente tiene ocasión de... *(Señal de robar.)* Y como hay vista y de aquí... *(Corazón.)*
MARTA.—Todo lo que a ti te falta... ¿No?
CALAMAR.—¿Ya va usted a empezar? Nada, hombre; que se han empeñado en decir que no tengo condiciones para ladrón, y figúrate la famita que me están dando. Y lo que a mí me sucede es que tengo desgracia. Preparo un golpe, lo doy, y como si diera con los nudillos en un acorazado. ¡Maldita sea!... Ahora que, el día que esto cambie, voy yo a achicar a... ¿quién es el más valiente y el más sanguinario? ¿Gotrán Harún?... Pues a Gotrán Harún.
MARTA.—No hay que alzar tanto la voz.
CALAMAR.—Dice usted bien. *(A Gustavo.)* Hala, tú; enséñales lo que traes, que es muy bonito. ¡Y de oro!
GUSTAVO. *(Sacando del bolsillo una estatuilla de oro.)*—Es una figurilla que tenía en su camerino Eva Cardem y que me la regalé en un momento de descuido. Es de la mitología: Icáro o Icaro, que no sé cómo se acentúa. Yo he prenguntado y me han dicho que es un dios de los que ahora no se usan, que se pegó unas alas con cera, se acercó al Sol, se le derritió el pegamento y no pudo volar. *(Da la figurilla a Gotrán.)*
CALAMAR.—Pues ahora sí que ha volao de veras.
GUSTAVO.—Es bonita, ¿verdad?
GOTRÁN.—¡Pchs!...
CALAMAR.—¿Y es Icaro o Icáro?
GOTRÁN.—Según lo que éste pida por ella.
GUSTAVO.—Cien dólares.
GOTRÁN.—Icáro. Muy Icáro.
GUSTAVO.—Que es de oro, abuelo.
GOTRÁN.—Treinta dólares te doy.

GUSTAVO.—Dinero es.

GOTRÁN. *(A Marta, dándole la estatuilla.)*—Guarda y paga *(Marta guarda la figurilla en el arcón y da unos billetes a Gustavo.)* ¿Tú vienes de vacío, Calamar?

CALAMAR. *(Tristemente.)*—Lo que he podido agenciar no lo toma usted, abuelo.

GOTRÁN.—¿Qué ha sido?

CALAMAR.—Un frac. *(Se pega una bofetada.)* ¡Malhaya sea!... ¡Yo ladrón de frac!... Ahora, que esto se ha acabao. Yo doy esta noche un golpe definitivo, o me retiro a la vida privada. Porque con quince centavos, que es todo mi capital, no se puede vivir.

GOTRÁN.—No sirves, no sirves, muchacho.

CALAMAR.—Pues como yo me convenza de eso, mañana mismo me presento a la policía y pido trabajo.

GOTRÁN. *(Nerviosamente.)*—¿Serías capaz?...

CALAMAR.—No hay que enfadarse, abuelo. Aunque me alistara entre los enemigos, no sería yo capaz de una traición. Vigilar una calle, seguir a una señora, de parte de un marido celoso, o viceversa, sí, señor; pero otra cosa... Ahora, el ser de cualquiera clase de policía tiene porvenir. Como la gente sabe que Gotrán Harún está en Estania y anda suelto por ahí. el que más y el que menos quiere que le guarden las espaldas; y como lo pagan bien y el asunto es comer... Ahora que, a mí lo que me gustaría sería lo otro. El atraco en el camino, jugándome la piel... ¡Arriba las manos!... O el silencio de la habitación, el inquilino que duerme, yo que me deslizo como una sombra, puñal en mano, y de pronto... *(Suenan dos fuertes golpes en la puerta y, asustado, da un salto.)* ¡¡Mi madre!!... *(Ríen.)*

BERTA. *(Dentro.)*—Cien médicos, cien boticarios y cien dentistas, trescientos ventajistas.

MARTA. *(Acudiendo a la puerta y abriéndola.)*—Es Berta. *(Entran en escena* BERTA, *mujer joven;* WILLIAM, *joven también, y* COLEN, *de cincuenta años. Los tres, de la más baja extracción.)*

BERTA.—Buenas noches.

WILLIAM.—¡Ojo, que hay un poli en la esquina de allá. *(Cierra Marta.)*

COLEN.—Por causa de Gotrán Harún han aumentado de un modo la vigilancia, que no puede uno echarse a la calle.

BERTA. *(Por un cuadro que trae.)*—¡Y yo que traía carga!

MARTA.—¿Un cuadro?

BERTA.—La Marte Dolorosa, o como se conjugue, que nos indicó días pasados el abuelo. Véala usté. *(Le enseña el cuadro.)*

COLEN.—Ha sido un buen golpe.

WILLIAM.—Una faena de maestro. Como pensada por el ielo Román, que si tuviera piernas y vista como tiene ima- ıación... Estamos en paz, abuelo. Y si quiere añadir alguna ıta..., por mí...

GOTRÁN.—Claro, por ti... ¡Bueno estás tú! ¿Y qué se dice r Nueva Luz?

COLEN.—La gente está indignada con lo que hacen en Fero- ı con nuestro paisano el ingeniero Filquemont. Por menos ha ido otras veces a la guerra.

GOTRÁN.—¿Con Filquemont? ¿El de los toxpiros? No sé da, Colen.

CALAMAR.—¿Es de veras, abuelo? Pues si no se habla de ra cosa. Dicen que lo tienen preso en Feronia y que para ligarle a entregar la fórmula de sus inventos han secues- ado a la mujer que él quería.

WILLIAM.—Lo grave no es eso. Lo grave es lo que acaban contarnos y que aún no ha salido en los periódicos.

GOTRÁN.—¿Qué?...

WILLIAM.—Que esta tarde a eso de las siete... *(Primer ano.)*

VOZ DENTRO. *(Pregonando.)*—Extraordinario del "Nuevo eraldo"...

CALAMAR.—¡Calla!... *(Quedan todos escuchando.)*

VOZ DENTRO. *(Cerca.)*—Extraordinario del "Nuevo Heral- o" con el secuestro del coronel Filquemont... *(Fin del pri- er plano. Vuelve a pregonar más lejos y deja de oírse la voz.)*

GUSTAVO.—¡Secuestrado también!...

CALAMAR.—¡Qué espanto!

COLEN.—¡En nuestro propio país!

WILLIAM.—Dicen que ha debido defenderse bravamente por- ue en la habitación había grandes señales de lucha y algu- as manchas de sangre.

GUSTAVO.—Apostaría una mano a que en este asunto in- erviene esa fiera de Gotrán Harún. Como él es feroniano y, or consiguiente, enemigo de Estania...

BERTA.—Cuentan que el Gobierno de Feronia le ha ofreci- o el indulto si les ayuda en eso de Filquemont.

CALAMAR. *(Levantándose.)*—¡Canalla!... ¡No le cogiera yo or mi cuenta! *(Ríen todos.)*

BERTA.—¡Mira que tú!

MARTA.—¡Hasta los gatos quieren zapatos!

COLEN.—¡Tiene gracia!...

WILLIAM.—Bueno; no hay que perder el tiempo, Berta. En- éñale al abuelo esos encajes que traes.

MARTA.—¿Encajes?... ¿A ver?... *(Quedan todos examinan- lo unos encajes que saca Berta.)*

CALAMAR. *(Aprovechando el momento y acercándose a Lau-*

ra que durante todas estas escenas ha permanecido un arrinconada y recelosa).—Laura... *(Primer plano. Merc la instalación de luz de la mesa se ven iluminadas únicam las caras de Laura y Calamar.)*

LAURA. *(Angustiada.)*—Sácame de aquí, Calamar. Por madre muerta te lo pido... ¡Defiéndeme!... ¡Sálvame!...

CALAMAR.—¿Y adónde vamos si no tengo casa ni medio vida? Si tú pudieras llevarte algo...

LAURA. *(Horrorizada.)*—¡No! ¡Nos mataría!

CALAMAR.—¡Bah! El abuelo...

LAURA.—Aunque huyéramos al fin del mundo nos en traería y nos mataría. ¡Qué sabes tú!... Sin robarles n Calamar. Sácame de aquí. ¡Por lo que tú más quieras e mundo! *(Colen, que se fija en Laura y en Calamar, advi a los demás, y todos quedan pendientes de lo que hacen dos.)*

CALAMAR.—Pero si yo no tengo en el mundo otro cariño el tuyo. *(Cogiéndola amorosamente de una mano.)* Si tú e lo único que me queda en la vida. Si por ti sería yo capaz todo.

LAURA.—¿Es de veras?

CALAMAR.—¡Chiquilla!... *(Fin del primer plano.)*

MARTA. *(Poniéndole una mano en el hombro.)*—¿Sabes que yo te digo?

LAURA. *(Horrorizada.)*—¡¡Jesús!!...

CALAMAR. *(Resignado.)*—Diga usted, señora.

MARTA.—Pues que en esta casa no has de volver a po los pies. ¿Lo oyes bien? Porque yo...

GOTRÁN.—¡Sin escándalos, Marta!

MARTA.—Es que...

GOTRÁN. *(Imponiéndose sordamente.)*—¡Sin escándal Baja la voz. El no volverá más, porque si vuelve.

LAURA. *(Temblando y llorosa.)*—¡No, no; no volverá m ¡Nunca más!

CALAMAR.—Pero es que...

LAURA.—¡Nunca más! Yo te lo pido, Calamar. ¡Por el riño que me tienes!

MARTA.—¡Vete!

CALAMAR.—Pero si yo...

GOTRÁN. *(Incorporándose.)*—¿Te irás?...

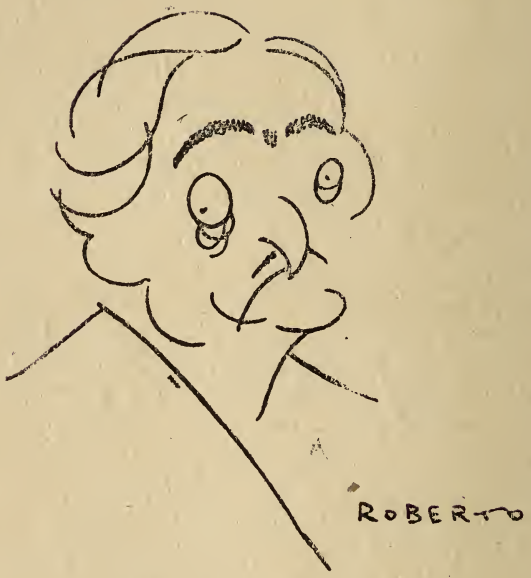
LAURA. *(Suplicante a Gotrán.)*—¡Por Dios! *(A Calam imperiosamente.)* ¡¡Vete!!

CALAMAR.—¡¡Maldita sea!! *(Suena dentro un ruido, seg do de un lamento. Hombres y mujeres, aterrados, se pon de pie. Laura, temblando más que nunca, oculta la cara en las manos.)*

TODOS.—¿Eh? *(Se hace un gran silencio. Pausa.)*

ERTA. *(Escamadísima.)*—¿Tiene cueva esta casa?...
ARTA. *(Disimulando su turbación.)*—No...
ILLIAM.—Pues yo juraría...
OTRÁN. *(Sordamente.)*—Es muy peligroso jurar, William.
iman a la puerta fuertemente.)
ODOS. *(Contrariadísimos.)*—¿Eh? *(Pausa.)*
ARTA. *(Cerca de la puerta.)*—¿Quién?...
REN. *(Dentro.)*—Abran a la Policía. *(Marta mira angus-*
'a a Gotrán.)
OTRÁN. *(Serenamente.)*—Abre. *(Marta abre la puerta y*
ran en escena BREN *y* LAYN, *dos policías, de uniforme.*
n queda en la puerta.)
REN.—Buenas noches.
ODOS.—Buenas noches.
REN. *(Después de fijarse en todos detenidamente. Por la*
rta de la izquierda.)—¿Hay alguien ahí?
ARTA.—Nadie, señor. Pase y véalo. *(Abre la puerta de la*
ierda y enciende la luz.)
REN. *(Después de asomarse a la habitación.)*—¿La casa
tiene otra dependencia?...
ARTA.—No, señor...
REN.—Está bien.
ERTA.—¿Pasa algo, señor policía?
REN.—Aseguran que el coronel Filquemont está secuestra-
en una de estas casas y que Gotrán Harún no es ajeno al
uestro. ¡Dios quiera que logremos evitar lo que intentan
enemigos de Estania!
OTRÁN.—Amén.
REN.—Buenas noches.
ODOS.—Buenas noches. *(Vase Bren seguido de Layn. To-*
s respiran tranquilos.)
ARTA. *(Junto a la puerta, a Calamar.)*—¡Vamos!
ALAMAR.—¡Hasta muy pronto, Laura!
AURA.—¡¡¡No!!!
ALAMAR.—¡Yo te juro por la memoria de mi madre que vol-
é muy pronto por ti!
OTRÁN.—¿Te vas?...
ALAMAR.—¡Buenas noches!

PANTALLA



MARTA:

SRA. MAYOR.

TERCERA PARTE

CALAMAR, DECIDIDO A DAR AQUELLA MISMA NOCHE UN GOLPE DEFINITIVO, SE MARCHA A UN BARRIO APARTADO, CERCA DE LA CARRETERA GENERAL

LLEVA UN MIEDO ESPANTOSO; PERO LAS TRISTES PALABRAS DE LAURA ESPOLEAN SU VOLUNTAD

—¡SÁCAME DE AQUÍ, CALAMAR! ¡POR TU MADRE MUERTA TE LO PIDO! ¡DEFIÉNDEME! ¡SÁLVAME!...

A CALAMAR LE LLAMABAN ASÍ PORQUE DE PEQUEÑO TRABAJABA EN UNA LITOGRAFÍA, Y PARA ROBAR TINTA, LO ÚNICO QUE ALLÍ PODÍA ROBARSE FÁCILMENTE, SE VALÍA DE UNA ESPONJA, QUE DESPUÉS DE BIEN IMPREGNADA EN EL LÍQUIDO AZUL-NEGRO, OCULTABA EN UN BOLSILLO IMPERMEABLE DE SU BLUSA

UNA TARDE, A LA SALIDA DEL TRABAJO, SE PELEÓ CON OTRO CHICO. HICIERON CORRO LOS OBREROS PARA PRESENCIAR LA LUCHA; PUDO MÁS EL ADVERSARIO, QUE LE ATENAZÓ FUERTEMENTE, Y AL APRETARLE CONTRA SÍ, ESTRUJÓ TAMBIÉN EL BOLSILLO DE LA ESPONJA; SALIÓ UN CHORRO DE TINTA QUE CEGÓ A SU RIVAL, Y GRACIAS A ELLO PUDO CALAMAR, COMO LOS VERDADEROS CALAMARES, ESCURRIRSE Y DESAPARECER

paraje solitario y tenebroso. Algún árbol, algún trozo de pared de na casucha derruída, algún pedazo de empalizada o algún montón materiales de construcción y algún carro, carricoche o automóvil abandonado.

primer término de la izquierda una farola de cristales tan sucios, n una bombilla—sucia también y de tan pocas bujías—, que para algo a su luz habría que marinear y meter la cabeza dentro de la cristalera. Ni que decir tiene que es de noche.

ALAMAR. *(Entra en escena por la derecha. Viene temero- indeciso.)*—La verdad es que el sitio que he elegido se trae. *(Sacando un revólver muy reluciente.)* Ahora siento que el revólver éste sea de pega. Es de los que sirven a pasar alcohol de contrabando, y yo lo utilizo como por- ıonedas. *(Como está temblando suena el revólver como un ajero.)* ¡Caramba! ¡El ruido que hacen dentro los quince tavos!... ¡Qué verdad es que el dinero y el amor no pueden ır ocultos! Nada, que me va a salir el dinero por la culata. eno; al primero que pase lo pelo. Yo necesito robar para ar de allí a Laura. Claro que los que pasen por aquí a as horas no creo yo que traigan mucho dinero... ¡Quién e! A lo mejor un millonario neurasténico o una millonaria iga de aventuras... Al que pase le voy a dar un susto que río del que tengo yo, que no es flojo. *(Escuchando hacia izquierda y temblándole hasta la fe de bautismo.)* ¡Uuuuno! í viene uuuno. ¡Socorro!... Digo, no. el que tiene que pe-

dir socorro es él. ¡Animo, Calamar! Que es por ella. ¡¡
ella!! *(Por el revólver.)* ¡Caray, qué sonajero! *(Preparándo para el atraco.)* Me encomendaré a San Gastón, que siem me ha hecho a mí mucho caso. *(Muerto de miedo.)* San G tón que no me falte corazón. San Gastón... *(Al ver a* PAN- *que entra en escena por la izquierda.)* ¡Ya! Y es un ch Pues me viene de perlas. *(Avanzando y temblorosísim* ¡Aaaaarriba las manos!

PAN-KÚ. *(Avanzando resueltamente.)*—¿Es a mí?

CALAMAR. *(Apuntándole y retrocediendo más muerto vivo.)*—¡A a a usté!... ¡Aaaarriba!...

PAN-KÚ. *(Quitándole el revólver de un manotón.)*—P ¿qué dice usted?

CALAMAR. *(Horrorizado.)*—¡Nada, nada!... ¡Váyase u que no le hago nada!

PAN-KÚ. *(Guardándose el revólver de Calamar.)*—¡Si llevara tanta prisa...! *(Haciendo mutis por la derecha.)* ¡ bre hombre!... *(Vase.)*

CALAMAR. *(Muerto del susto.)*—¡Sí que la...! ¡Caramba la...! También es mala pata que haya un chino y tropiece con él. Y lo peor es que me ha quitado el portamonedas. ¡ sirvo! *(Echándose a llorar como un chiquillo.)* ¡¡No sirv *(Pausa.)* Si tuviera ahora mismo un revólver me lo aplica al cielo de la boca y... ¡pum! *(Al mismo tiempo que d "¡pum!" Calamar suena un disparo dentro.)* ¡Mi madre! ¿ tiro o un neumático? *(Queda escuchando.)* ¡Sí que estoy esta noche...! *(Resuelto.)* ¡Nada! No sufro más. Una vena corta fácilmente y... *(Buscando en el suelo.)* Un hierro, cristal... Aquí hay algo que brilla... *(Coge del suelo u lata de sardinas vacía y la examina.)* Sardinas noruega Es una idea. Voy a tirarme al río. *(Da unos pasos hacia izquierda y se detiene.)* ¿Eh?... ¿Viene alguien?... Sí. ¡(ramba! A ver si... *(Se oculta.)*

RATERIO. *(Entrando en escena por la izquierda con el m mo indumento del episodio primero.)*—El radiador hecho p vo, una rueda deshecha, el chófer conmocionado... ¿Y dón encuentro yo ahora, con el miedo que tengo...?

CALAMAR. *(Temblando, surgiendo amenazador empuñan lata de sardinas.)*—¡¡Aaaaaarriba...!!

RATERIO. *(Muerto de espanto.)*—¡¡Aaaaaguarde!!...

CALAMAR.—¡¡Pronto!!

RATERIO. *(Entregándole lo que lleva en el bolsillo.)* ¡Tome!... ¡Ay! ¡Déjeme!... ¡Quite!...

CALAMAR.—¡¡Fuera!!

RATERIO.—¡Voy!... ¡Sí!... ¡Quieto! *(Mutis por la derech*

CALAMAR.—¡Mi madre! Lo que, lo que... ¡Lo que corre! susto que... Bueno, y... *(Fijándose en lo que tiene en la ma*

y dándose cuenta.) ¡le he robado!... ¡¡Le he robado!! *(Acercándose nerviosísimo a la farola de la izquierda.)* Una lata... *(Tira la lata de sardinas.)* Una cartera... *(Primer plano. La registra.)* ¡Ni un billete! Este sobre... *(Rasga el sobre y saca los planos del toxpiro Filquemont.)* Rayas..., números..., planos... ¡Ni un centavo! *(Leyendo.)* "Capitán Hoker: Rubrik, diez..." *(Contrariadísimo, doblando el plano y metiéndolo en el sobre.)* Decididamente, no tengo suerte ni sirvo para ladrón. Voy a suicidarme. ¡Calamar! ¡¡Al río!! *(Mutis por la derecha.)*

PANTALLA

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

TELON

GOTRAN:

SR. ZORRILLA.

SEGUNDA JORNADA

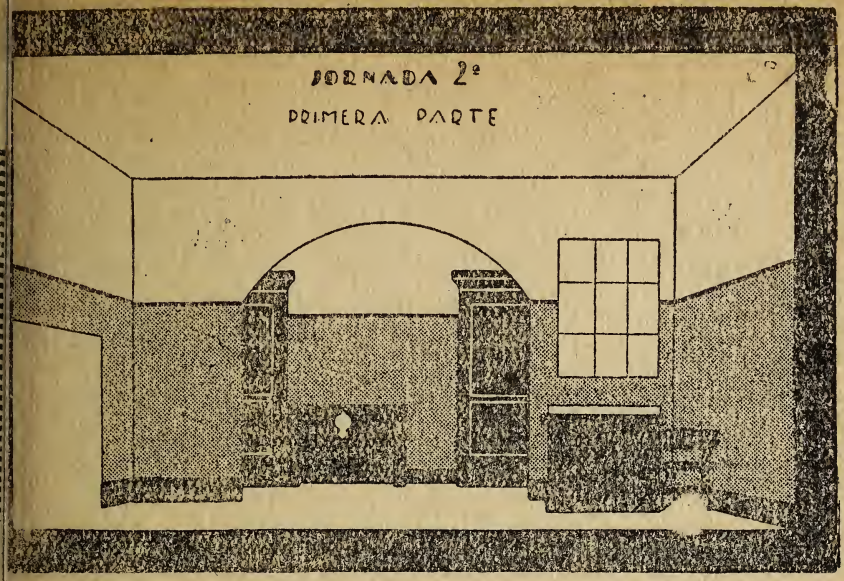
PRIMERA PARTE

A LAS OFICINAS DE LA DIRECCIÓN DE POLICÍA DE NUEVA LUZ ACUDEN LOS DÍAS FESTIVOS MUY POCOS EMPLEADOS. ESTO SUCEDE EN ESPAÑA EN MUCHAS OFICINAS LOS DÍAS LABORABLES Y NADIE LE DA IMPORTANCIA

LA AUSENCIA DEL PERSONAL DESESPERA AL COMISARIO DE GUARDIA, SEÑOR HUEVER, UN TÍO DE MUY MAL CARÁCTER: UNO DE ESOS HOMBRES QUE MIRAN A UN GRIFO Y SE CORTA EL AGUA

RATERIO:

SR. RIQUELME.



pacho del Comisario de guardia en las oficinas de la Dirección de
icía de Nueva Luz. Una puerta en cada lateral. En el fondo un arcón.

Al levantarse el telón están en escena FLOBERTA *y* HUEVER. *berta es la encargada de la limpieza de la oficina. Puede joven o vieja, me da lo mismo. Huever, el comisario de ardia, es un cincuentón de aspecto terrible.)*

HUEVER.—Vacíe también el cesto, que hay ahí papeles ro- desde que descubrieron a América.

FLOBERTA.—Sí, señor. *(Obedece.)*

HUEVER.—Y limpie bien el polvo.

FLOBERTA.—Sí, señor.

HUEVER.—¿No ha venido Jak?

FLOBERTA.—No, señor.

HUEVER.—Es raro que no haya venido Jak todavía. Bueno; días festivos, ya se sabe, se van todos y ahí queda eso. le se las arregle Huever como pueda. Yo comprendo que y ahora mucho trabajo y que el asunto Filquemont, entre os, trae en jaque a toda la Policía de Nueva Luz; pero, rámbano, esto de dejarme solo tampoco está bien. *(Llama un timbre.)* Es la segunda vez que llamo a Agamenón y mo si llamara a mi pobre padre, que falleció hace treinta y ico años. ¡Este Agamenón! ¡Hombre más vago...! ¿Usted noce a alguien que haga menos que Agamenón?

AGAMENÓN. *(Por la izquierda. Ordenanza. Sesenta años.)*—e puede?

HUEVER.—¡Vamos, hombre! Se puede, sí, señor. Y se p de dejar cesante a un ordenanza de una plumada. ¿Se ocupado usted de lo de la llave de este arcón?

AGEMENÓN.—La llave de ese arcón lleva tres días perdi Anoche el señor Lotjait durante su guardia lo mandó des rrajar; pero ya estaban cerradas las tiendas y no encon cerrajero que pudiera hacerlo. Hoy, como domingo, no es sible encontrar tampoco quien haga el trabajo.

HUEVER.—Pues yo tengo que sacar de ahí antes de las d la carpeta treinta y siete; conque usted verá lo que hace.

AGAMENÓN.—¿Yo?... Allá cuidado. Servidor, su incumb cia y pare usted de contar.

HUEVER.—¿Hay algún huésped en el calabozo?

AGAMENÓN.—Tres. Un tendero detenido por razones de pes

HUEVER.—¡Hola!... ¿Antimilitarismo? ¿Sovietismo? ¿Al del asunto Filquemont? *(Al ver que Agamenón deniega c la cabeza.)* ¿Pues qué razones de peso?...

AGAMENÓN.—Que daba cien gramos de menos en cada sada.

HUEVER.—¡Ah!... ¿Quién más hay?

AGAMENÓN.—Una joven que se escapó ayer tarde con solitario...

HUEVER.—No se puede uno fiar de nadie.

AGAMENÓN.—Y un pintor escenógrafo que estuvo anoche el baile de gala del Teatro Nacional y que vieron los agent que salía condecorado.

HUEVER.—¿Con decorado del mismo Nacional? *(Denie Agamenón.)* Entonces ¿con decorado de dónde?

AGAMENÓN.—Condecorado con la gran cruz de la Repúbli sin tener derecho a usarla.

HUEVER. *(Quemado.)*—Oiga usted, Agamenón: cuide de jugar más el vocablo, porque ni usted ni yo estamos pa juegos.

AGAMENÓN.—Es que yo, señor Huever...

HUEVER.—¡Silencio!

AGAMENÓN.—Bueno está.

HUEVER.—¿Hay alguna visita?

AGAMENÓN.—Un golfo que desea hablar con el señor com sario.

HUEVER.—¿Cómo se llama?

AGAMENÓN.—Calamar.

HUEVER.—¿Tiene ficha?

AGAMENÓN.—No, señor.

HUEVER.—Que pase.

AGAMENÓN.—Sí, señor. *(Mutis con Floberta por la der cha. Suena el timbre del teléfono.)*

HUEVER.—¿También esto? *(Se pone al aparato.)* ¿Quién?.

Diga... Sí... *(Furioso.)* ¡¡¡Que sí!!! ¿Eh?... *(Amablemente.)* ¡Oh, señor embajador!... Perdóneme; es que... Perfectamente, sí, señor. ¡No faltaría más! De aquí no me muevo. ¡De nada! *(Dejando el aparato.)* ¿Qué le habrá sucedido?... Pues como se relacione con el asunto de Feronia... *(Tomando un destornillador.)* ¿Cómo abriría yo este maldito mueble?... *(Le da golpes con la mano.)*

AGAMENÓN. *(Por la derecha.)*—¿Se puede?

HUEVER.—Pase.

AGAMENÓN. *(Hablando hacia el lateral.)*—Entra. Y ten cuidado que está de un humor...

CALAMAR. *(Entrando algo miedoso y cohibido.)*—Buenas...

HUEVER. *(Después de examinarlo.)*—¿Qué traes tú?... Vamos.

CALAMAR.—Pues ante todo un recao que han dejao allí mientras aquí el ordenanza andaba por acá.

HUEVER.—Diga.

CALAMAR.—El señor Jak ha mandado decir que no puede hoy prestar servicios porque está enfermo. Dice que se pasó ayer el día en la sombrerería de Doylenkait espiando a unos sovietistas feronianos, y como tuvo que ocultarse en una habitación muy húmeda, que es donde están los hongos, pues ha cogido un reuma que le tiene baldado.

HUEVER.—¡Válgame Dios!

CALAMAR.—Encargó que dijeran a usted que ese señor detenido el viernes, el caballero Apiano Innamoratti, es, en efecto, un pintor italiano, que no tiene nada que ver con Gotrán Harún, y que el que ande así, torcido, no es truco; que está torcido y padece una tortícolis crónica porque lleva once años sacando copias de la torre inclinada de Pisa.

HUEVER.—Bien. Ahora mandaré que lo pongan en libertad.

CALAMAR.—¿A mí?

HUEVER.—A Innamoratti. Con respecto a usted resolveré cuando me diga a lo que viene.

CALAMAR.—Pues vengo a... Bueno; es una pretensión que no sé si podrá ser, porque... Pero si pudiera ser, menuda patada le iba yo a dar a la mala vida y menudo alegrón iba a darle a Laura Cloddin, que quiere que yo viva honradamente y no como ahora descerrajando muebles.

HUEVER. *(Con nerviosa alegría.)*—¿Eh?... ¿Que tú...?

AGAMENÓN. *(Idem de ídem.)*—¿Pero tú...?

CALAMAR. *(Asustado.)*—¡Ay, no hacerme nada, que yo no...!

HUEVER.—¿Pero tú sabes descerrajar un mueble?

CALAMAR. *(Escamadísimo.)*—Si no es para nada malo, sí, señor.

HUEVER. *(Dándole el destornillador.)*—Pues toma: has llegado oportunamente. Abreme ese arcón y dime luego lo que

quieres. Si ello está en mi mano, haré lo posible por complacerte.

CALAMAR.—Muchas gracias, señor comisario. *(Se arrodilla ante el arcón y examina la cerradura.)* ¡Buena cerradura! Alemana. Rompeganzúas las dicen. Aquí hay faena para media hora.

HUEVER.—Pues a ello. ¿Qué necesitas?

CALAMAR.—El destornillador y un pincho cualquiera para hacer palanca, y un bocadillo de jamón, porque hace once horas que no digiero, señor comisario.

HUEVER.—Toma. *(Le da un punzón.)* Lo del bocadillo será después. ¿Quieres un martillo?

CALAMAR.—¿Martillo? *(Mira a Agamenón y sonríen los dos con cierto pitorreo.)* ¡Por Dios, señor comisario! No es costumbre hacer estas cosas a martillazos. A lo mejor hay que trabajar en una habitación al lado de una persona que duerme y hay que evitar los golpes para no asustarla...

AGAMENÓN.—Aquí el señor Huever como no tiene costumbre...

HUEVER. *(Molesto, a Agamenón.)*—¡Retírese!

AGAMENÓN.—Es que...

HUEVER.—¡¡Retírese!!... *(Muy contrariado se va Agamenón por la derecha.)*

CALAMAR. *(Trabajando.)*—Fuerte es de veras la enemiga.

HUEVER.—¿Y a qué venías aquí, hombre? ¿A meterte en la boca del lobo?

CALAMAR.—No tengo nada por qué temer, señor comisario. En mal ambiente vivo y sé cuanto hay que saber para... hacer lo que otros hacen; pero me falta corazón para hacerlo. Cuando intento robar no doy una. Salgo siempre perjudicado. ¿Ve usté esta faena que estoy haciendo aquí, que a pesar del hambre que tengo me está saliendo muy bien? Pues si esto lo hiciera yo para robar ya se me hubiera escurrido el destornillador y me habría dado un golpe con el mueble y habría tenido que salir de naja, dejando aquí el instrumental y la gorra. Estoy convencido de que no sirvo, señor comisario; y como en este mundo no hay más que dos bandos, el de los que roban y el de los que persiguen a los ladrones, pues ya que no tengo corazón para ser de los primeros me gustaría ser de los segundos. *(A un gesto de Huever.)* Claro que desde mi esfera: como auxiliar. Sé que hay auxiliares que llevan y traen, siguen y escuchan, corren, van y le dicen, y yo quisiera ser de los llevi-trai-sigue-escu-corre-ve y dile para asegurar un pedazo de pan.

HUEVER.—No es fácil lo que pretendes. Para lograr esos puestos hay que dar previamente algunas pruebas de listeza y muchas de lealtad. No creas tú que al primero que llega se

bren las puertas así porque sí. Además, ahora no hay supuesto para gratificar a más personal del que existe. sa otra cosa.

ALAMAR. *(Tristemente.)*—¡Válgame Dios! ¡Mi gozo en un ! Una vez que piensa uno en ser honrado...

GAMENÓN. *(Por la derecha, un poco nervioso.)*—Señor...

UEVER.—¿Qué?

GAMENÓN.—El nuevo embajador de Feronia desea ser re- lo por usted.

UEVER.—Que pase al momento. *(Mutis de Agamenón.)*

ALAMAR.—Un enemigo, señor comisario. Todos los feronia- nos odian.

UEVER.—Active su trabajo; es preciso que quede abierto mueble en seguida.

ALAMAR.—Sí, señor. *(Continúa trabajando.)* A pesar del bre que tengo, que no veo.

GAMENÓN. *(Por la derecha, anunciando.*—El señor conde erio de Secabia.

ATERIO. *(Entrando.)*—Señor comisario...

UEVER. *(Rendidísimo.)*—Señor conde... *(Agamenón se va la derecha.)*

ALAMAR. *(Al ver a Raterio.)*—¿Eh? ¿Es el hambre o fué hombre? *(Al apretar se le escurre el destornillador y se un cabezazo contra el mueble. Continúa luego trabajando cultando la cara lo más que pueda.)*

ATERIO.—Soy, para servirle, el nuevo embajador de Fe- a.

UEVER. *(Como antes.)*—Señor embajador...

ATERIO.—Aun no he presentado mis credenciales ni he he- ninguna visita oficial, porque llegué anoche a Nueva Luz utomóvil. Es decir, llegué a pie; bueno, en automóvil, pero ie, porque llegué bien desgraciadamente, que eso es lo que trae.

UEVER.—¿Eh? ¿Le ocurrió algún accidente?

ATERIO.—Sí, señor.

UEVER.—¿Pero cómo no me han dicho nada ni se ha pu- ado en la prensa?...

ATERIO.—No he querido decir nada a nadie porque el asun- carece de importancia, aunque la tenga. Porque tiene im- tancia, pero bien mirado carece de ella, y como no he que- o hacer de un grano una montaña, vengo como un particu- cualquiera a denunciar a la policía un hecho que no por riente deja de ser escandaloso.

UEVER.—¡Pero siéntese, por Dios, señor conde! Con la sa- acción de verle y el placer de escucharle me había olvida- de este elemental deber de educación.

ATERIO.—Permítame que prosiga de pie. Voy a exponer

hechos y mi costumbre del Senado... Usted es quien debe
tarse... Se lo suplico. Me gusta observar de arriba a
cómo caen mis palabras...

HUEVER. *(Sentándose.)*—A su gusto. *(A Calamar.)* I
eso para luego.

CALAMAR. *(Que no desca otra cosa, lo deja todo y se dis
a escabullirse.)*—Sí, señor...

RATERIO.—No es secreto lo que voy a denunciar, señor
misario.

HUEVER.—Entonces, con su permiso... Es muy urgent
que está haciendo... *(A Calamar.)* Continúa tu trabajo.

CALAMAR. *(De muy mala gana.)*—Sí, señor. *(Continúo
tarea.)*

RATERIO.—Haré a usted un indículo o compendio de lo
cedido. Anoche, al llegar a las puertas de Nueva Luz... I
no, ya sé que aquí no hay puertas: es un tropo. En otras
dades las hay o las hubo, y la costumbre hace decir "a
puertas" sin haberlas. Bien: pues anoche, al llegar a
puertas de Nueva Luz, sufrió una "panne" mi "Hudson", c
extraña, porque es un coche que no había "panneado" de
que lo uso... ¡Bien! Claro que fué "panne" y no fué "pan
porque es que el chófer, un poco desorientado, chocó co
una valla y ¡pan!...

HUEVER.—Sí, claro...

RATERIO.—Conmocionóse el chófer, acordeonóse el radia
ciscóse el juego delantero de ruedas, y al ver yo que no ha
que pensar en que el vehículo marchase, me lancé a la ve
ra en busca de otro automóvil que nos transportara a la
milia y a mí, porque yo venía con la familia. Anduve por a
llos andurriales tentaleando, porque la luz era escasa y
veo poco. *(Calamar comienza a tranquilizarse.)* Camin
desde luego, revólver en mano, y al revólver, digo, al revol
una esquina, cinco hombres cayeron sobre mí como cinco
tapultas.

CALAMAR. *(Tranquilo del todo.)*—(¡No fué lo mío! Respi

HUEVER.—¿Cinco? *(Huever toma una cuartilla y escribe.*

RATERIO.—Cinco. Ni de uno ni de dos me hubiera yo dej
robar.

CALAMAR.—(¿Eh?)

RATERIO.—¡Qué lucha! "Horresco referens", que dijo V
gilio.

HUEVER.—¿Y le robaron?...

RATERIO.—Lo poco que llevaba encima: unos miles de
lares...

CALAMAR.—(¡No fué lo mío!)

RATERIO.—Y unos documentos que traía de parte de L
de Filquemont para un cliente suyo, el capitán Hoker, un

que vive en la calle de Rubrik, no recuerdo el número. *ever sigue tomando nota de todo.)*

LAMAR. *(Asombrado.)*—(¡Pues fué lo mío! ¡Qué tío más istero!)

ATERIO.—Y aquí viene mi súplica, señor comisario.

UEVER. *(Dejando de escribir.)*—Dígame, señor embajador.

ATERIO.—Como entre Feronia y Estania hay cierta tiran- de relaciones por causa precisamente de los inventos del niero Filquemont, podría alguien suponer que esto del era una patraña ideada por mí para justificar el mal que hubiera podido hacer de los documentos que me fue- confiados, y deseo, por consiguiente, que esos papeles pa- an, sea como sea, y que al celo de siempre de la policía de ania se añada en este caso concreto un interés especia- no.

UEVER.—Para complacer a usted y estimular a mis subor- dos ofreceré un premio importante a quien me traiga esos imentos.

ATERIO.—Al premio que usted designe añada estos dos mil res de mi parte. *(Pone unos billetes sobre la mesa. A Ca- ar se le escurre nuevamente el destornillador y da con la za en el mueble.)*

UEVER.—¿Qué haces, hombre? *(Suena el timbre del telé- o. A Raterio.)* Con el permiso de usted. *(Toma el aparato. amar mira los billetes.)*

ATERIO.—No faltaría más...

ALAMAR.—(¡Aquí están los papeles!... ¡Dos mil dólares!... hincho!)

UEVER. *(Al teléfono.)*—¿Quién?... Sí, señora... *(A Rate- ofreciéndole el aparato.)* Es a usted a quien llaman, señor bajador.

ATERIO.—¿A mí? Es raro... *(Al aparato.)* ¿Quién?... ¡Ah! res tú? *(Inmutándose.)* ¿Qué dices, Gúndula? *(En la puer- de la derecha aparece* HORACIO PIFFART.)

UEVER. *(Extrañado.)*—¿Eh?

ORACIO. *(Haciéndole señas de que calle y no interrumpa.)* ist!...

ATERIO. *(Al aparato.)* Bien, sí. Aquí aguardo. *(Dejando el fono.)* El asunto se complica. *(Al ver a Horacio.)* ¿Eh?...

UEVER. *(Presentando.)*—Es Horacio Piffart, un detective puede sernos útil en esta ocasión. El señor embajador de ronia... *(Saludos.)*

ATERIO.—He oído hablar mucho de usted.

ORACIO.—Y me ha oído hablar a mí también, señor conde. tuviera a mano mi disfraz reconocería usted en mí al ca- án Hoker, para quien traía usted unos documentos que che le han sido robados.

RATERIO. *(Extrañadísimo.)*—¿Eh?

HORACIO.—Sí, señor conde. Y mi desesperación en este m mento no tiene límites. Vengo de visitar al señor ministro Interior y acabo de decirle lo que voy a repetir delante de tedes. Si antes de cuarenta y ocho horas no parecen los do mentos que anoche le robaron a usted, Horacio Piffart se vantará la tapa de los sesos por haber cometido la mayor las torpezas: una torpeza que puede costar a Estania la p dida de su hegemonía.

TODOS.—¿Eh?

HORACIO.—Los documentos que anoche robaron a usted e precisamente las fórmulas del toxpiro Filquemont. *(Sen ción. Calamar tiembla como un azogado.)*

CALAMAR.—(¡Soy el amo de Estania!)

HUEVER.—¡Dios santo!

RATERIO.—¿Qué está usted diciendo, señor Piffart?

HORACIO.—Como sabía que a usted no iban a registrarle me ocurrió la diabólica idea de que usted mismo...

RATERIO.—¿Esa burla?... *(Le arroja un guante. Huever recoge.)* ¿Entonces?...

HORACIO.—Todos hemos caído en la trampa, señor con Alguien escuchó mi conversación con Luis, y sabedor de lo q usted transportaba descuidadamente...

HUEVER.—¿Cree usted que otra nación...?

HORACIO.—Sin dudarlo. Todas estaban interesadísimas. U ted ante su país y yo ante el mío, somos igualmente resp sables, señor conde. Feronia ha cometido toda suerte de at pellos... *(A un gesto de Raterio.)*, con perdón, por ser due de la fórmula, y habiéndola tenido en su poder la ha deja escapar.

RATERIO.—Aun retiene al inventor.

HORACIO.—¿Cree usted que por mucho tiempo? Cuando L de Filquemont sepa que la fórmula ha sido robada y que sido secuestrado su padre...

RATERIO.—¿Eh?

HORACIO.—Hará lo que en otras ocasiones pensó hacer, Feronia recibirá el castigo que merece por sus tropelías.

RATERIO.—¡Esas palabras!... *(Le arroja el otro guan Huever lo recoge y se los guarda.)*

HORACIO.—Tiene usted razón. Perdóneme. Lejos de enem tarnos debemos trabajar juntos para rescatar lo perdido. D seo saber algunos detalles...

HUEVER. *(Alargándole la cuartilla escrita por él.)*—Aq tiene un breve atestado...

HORACIO. *(Examinándola.)*—Sí. Es lo mismo que el señ conde ha relatado al personal de la Embajada, que es don

:sta mañana he podido informarme. *(Devolviendo a Huever a cuartilla.)* ¿Dice usted que fueron cinco?

RATERIO.—Cinco.

HORACIO.—Una cuadrilla.

RATERIO.—Los cinco enmascarados.

HORACIO.—Una comparsa entonces.

RATERIO.—¿Eh?

HORACIO.—El señor ministro del Interior ha ordenado que :e conceda un premio de cien mil dólares a la persona que en-:regue los documentos sustraídos.

CALAMAR. *(Temblando, oprimiéndose el pecho, donde se su-)one que guarda los papeles.)*—(¡Cien mil dólares!... ¡Laura le mi vida!)

AGAMENÓN. *(Entrando por la derecha.)*—Señor... La señora :ondesa...

GÚNDULA. *(Entrando en escena seguida de Virginia.)*—Perdón, pero no hay minuto que perder...

RATERIO.—¿Eh? ¿Tú misma, Gúndula?

GÚNDULA.—Yo misma, Raterio. Sí.

RATERIO.—Bien.

HUEVER. *(Rendidamente.)*—Señoras...

RATERIO. *(Presentando.)*—El señor comisario... *(Huever se inclina hasta troncharse la columna.)*

AGAMENÓN.—El señor ministro del Interior le llama por el hilo oficial.

HUEVER.—Con el permiso de ustedes... *(Nueva inclinación y mutis por la derecha, seguido de Agamenón.)*

RATERIO. *(Impuciente a Gúndula.)*—Y bien...

GÚNDULA. *(A Virginia.)*—Dile...

VIRGINIA.—Elías Vernoll acaba de llegar en automóvil con este pliego urgente. *(Le da un sobre cerrado.)* De palabra nos ha dicho que Luis Filquemont, al saber que su padre había sido secuestrado por orden de...

RATERIO.—¡¡Calla!!... *(Le indica la presencia de Horacio, que, distraído al parecer, examina el trabajo que ultima Calamar.)*

VIRGINIA. *(Bajando la voz.)*—Y al saber también por Ana Prell... *(Sordamente.)* ¡Por Ana Prell, que me ha hecho traición!..., que Flora Morell, su amada, no estaba ya en nuestro país...

RATERIO.—¿Eh?

GÚNDULA.—Sí.

VIRGINIA.—Desesperado pretendió hacer explotar sobre Feronia uno de sus toxpiros, y el gobierno, ¡cobarde!...

GÚNDULA.—Sí.

RATERIO. *(Que ha abierto el sobre y lee el pliego que contenía.)*—¿Eh?

TODOS.—¿Qué?

RATERIO.—Luis de Filquemont ha sido puesto en libertad y ha salido en aeroplano para Nueva Luz... Vendrá a salvar a su padre y a Flora aun a costa de su propia vida.

VIRGINIA.—Todo perdido, padre. Estania será la dueña del mundo. Y yo...

RATERIO.—¡Quién sabe!

VIRGINIA.—¿Eh?

RATERIO.—Los papeles que me fueron robados anoche contenían las fórmulas de los inventos de Filquemont.

VIRGINIA.—¿Qué dices, padre? ¿Que tú has tenido en tu poder...? ¡Qué horror! Eso puede costarte la vida.

RATERIO.—Es verdad. Pero yo te juro que quien me robó esos documentos, sea quien sea, y aunque se esconda en el centro de la tierra, morirá a mis manos. *(Casi tropieza con Calamar.)*

CALAMAR. *(Asustado.)*—¡No, que yo no...!

HUEVER. *(En la puerta de la derecha, con aire de triunfo.)* ¡Eureka!

TODOS.—¿Eh?

HUEVER. *(Cerrando la puerta.)*—¡Tenemos al ladrón!

CALAMAR. *(Más muerto que vivo.)*—¡Ay!

HUEVER.—¡Ya se sabe quién le robó anoche los documentos!

TODOS.—¿Eh?

HUEVER.—Sí. Ese... *(Calamar se tambalea.)* Ese célebre bandido feroniano... ¡Gotrán Harún!

CALAMAR.—(¡Gracias, Dios mío!) Paso. Soltadme. Dejadme salir. Yo encontraré los documentos robados. Yo salvaré a Laura y a Feronia. Yo seré de la policía.

PANTALLA

SEGUNDA PARTE

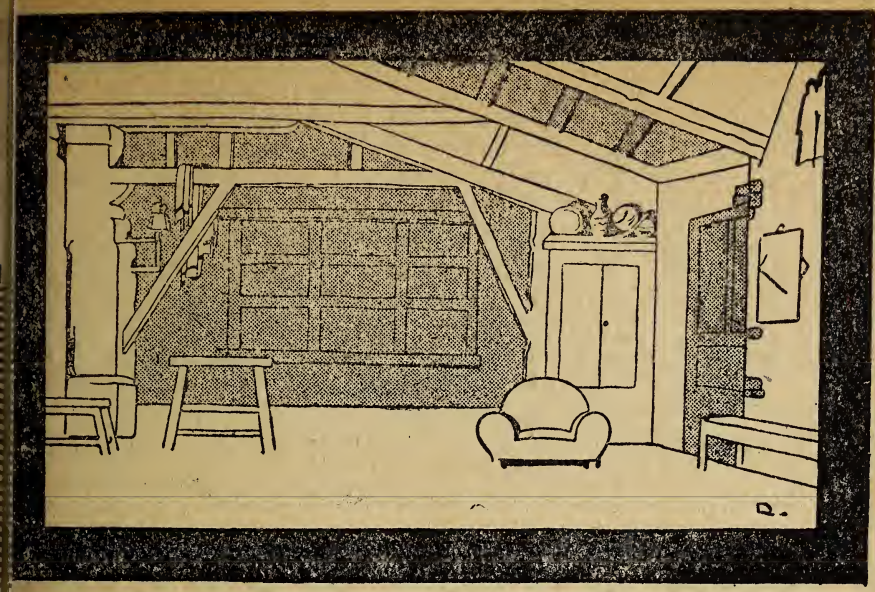
¡POBRE LAURA! ¡QUÉ TRISTE VIDA LA SUYA! SU ÚNICO CONSUELO ERA CALAMAR, Y PIENSA LA INFELIZ QUE NO VOLVERÁ A VERLE NUNCA. ¡CON LO QUE ELLA LE ADORABA! PORQUE DESDE LA INFANCIA FUÉ CALAMAR SU CONSEJERO, SU DEFENSOR, SU HERMANO...

CUÁNTAS VECES, DE PEQUEÑITA, AL SALIR DE SU CASUCHA PARA LAVARSE EN LOS CHARCOS, LA CONFIABA MARTA A SUS CUIDADOS, DICIÉNDOLE: —LA NIÑA, CALAMAR, SE VA A LAVAR LOS PIES; ACOMPÁÑALA...

¡AY! TODO ESO ACABÓ. ¿QUIÉN LA DEFENDERÁ EN LO SUCESIVO?

TEMEROSA DE SER OBJETO DE ALGUNA VENTA INFAME Y CANSADA DE AQUELLA EXISTENCIA, HA DECIDIDO MORIR Y HACE DOS DÍAS QUE NO COME. ¿PARA QUÉ VIVIR DE AQUEL MODO? UNA MUERTE HONROSA ES PREFERIBLE A UNA VIDA DE DESHONRA

(TÁCITO, QUE EN PAZ DESCANSE)



a misma decoración de la segunda parte de la primera jornada. Es de noche.

(Están en escena LAURA, MARTA, GOTRÁN *y* POLIÓN. *Gotrán, n su sillón de siempre, y Marta y Polión, sentados muy cerca e él. Acurrucada en un rincón y oyendo la conversación, ate-rada, estará Laura.)*

POLIÓN. *(Sordamente.)*—Todos los planes por el suelo. ¡Mal-aya sea!...

GOTRÁN.—¿Pero Ana, tu hija?...

POLIÓN.—Como si se la hubiera tragado la tierra.

GOTRÁN.—¿Te habrá traicionado?

POLIÓN.—¡Eso, no! Creo en ella como en mí mismo. Me in-ino a pensar que a estas horas está en poder de Luis de Fil-uemont.

MARTA.—Es que Filquemont ha llegado a Nueva Luz esta rde.

POLIÓN.—Lo sé y eso es lo que... *(Golpeándose una rodilla.)* or vida!...

MARTA.—Tengo miedo.

POLIÓN.—Y yo.

LAURA.—(¿Eh?...)

POLIÓN.—Porque si descubre el paradero de...

GOTRÁN.—¡Calla!

POLIÓN.—Los de arriba sabrán echarse fuera y...

GOTRÁN.—Y tú también; te conozco.

POLIÓN.—¿Yo? ¿Qué dices? ¿Yo?...

GOTRÁN.—Tú, sí; pero no me importa. ¡Qué más da!

POLIÓN.—Yo lo que siento es no poder cumplir contigo e la forma que me comprometí. Si al menos supiera quién es l persona que trató con mi hija del secuestro de la muchacha..

GOTRÁN.—Vuelvo a decirte que no me importa. No todos lo negocios han de salir bien. Este se ha torcido..., y qué vamo a hacerle; paciencia. Yo trabajaba para prestar un buen ser vicio a Feronia y obtener así el perdón que deseo. Porque y hubiera triunfado, Polión; estoy seguro. A cambio de la vid de su padre, hubiera yo logrado que Luis de Filquemort.. Pero ahora, él en Estania y robadas sabe Dios por quién la fórmulas del toxpiro, ¿qué interés tienen ya mis trabajos?.. Ahora lo que me conviene, para no aumentar mi responsabili dad, es que nadie sepa que he hecho lo que he hecho. Por es he decidido...

MARTA. *(Miedosa.)*—¿Eh?

POLIÓN. *(Idem.)*—¿Piensas...?

GOTRÁN *(Siniestro.)*—Sí. Los muertos no hablan. Esta mis ma noche...

LAURA.—(¡Jesús!) *(Se cubre el rostro con las manos.)*

POLIÓN.—¿No será demasiado?...

GOTRÁN.—El silencio no es demasiado nunca.

POLIÓN.—Allá tú. *(Se oye hablar y reír dentro.)*

MARTA.—¡Calla! *(Pausa.)*

GUSTAVO. *(Dentro, dando con los nudillos en la puerta y di ciendo el santo y seña.)*—A la mujer y a la candela, patás er ella.

MARTA.—Es Gustavo, el artista. ¡Siempre tan exquisito!

GOTRÁN.—¿Tan pronto? Aun no está puesta la señal...

POLIÓN. *(De pie.)*—Yo me voy. Entonces luego...

GOTRÁN.—A media noche, donde siempre.

POLIÓN. *(A Marta, que se dispone a abrir la puerta de la derecha, por Laura.)*—Y haga comer a esa chica, que como siga así maldito para lo que va a servirnos.

MARTA. *(Abriendo.)*—A ésta la voy yo a espabilar...

POLIÓN. *(Haciendo mutis.)*—Hasta más ver. *(Mutis.)*

GUSTAVO. *(Asomando la cabeza.)*—Esta noche soy yo quien trae a un amigo. ¡Y qué amigo! Un muchacho rico y heroico que viene a pedir la mano de una mujer. *(Hablando hacia el lateral.)* Entra, Vandervill.

CALAMAR. *(En la puerta.)*—Buenas noches.

TODOS.—¡¡Calamar!!

LAURA.—¡Dios mío!

MARTA. *(Agresiva.)*—¿Tú aquí?

CALAMAR.—Sí, señora; porque se puede. *(A Laura.)* Ven

quí, chiquilla; abrázame. Puedes abrazarme. ¡He cumplido juramento que te hice!

LAURA.—¡¡Calamar!! *(Se abrazan.)*

MARTA.—¿Pero qué es esto?...

GOTRÁN. *(Que se ha levantado.)*—¡Maldita!...

GUSTAVO.—¡Calma!... Cierre usted, señora Marta, y prepare los brazos para estrujar a su futuro yerno Calamar Vanervill y Morgán-Ford. Y usted también, abuelo. Porque este es el hombre más grande de Nueva Luz. Mañana le deberá la patria el dominio del mundo y... cien mil dólares. ¡Qué momento!

GOTRÁN. *(Sobre aviso.)*—¿Eh?...

CALAMAR. *(Pavoneándose.)*—Para que digan luego que yo no sirvo para ladrón. Soy más valiente que Gotrán Harún. No han leído ustedes en los periódicos que mañana dan en mil dólares a quien presente los documentos robados al embajador de Feronia? Pues, ojo; esos documentos... *(Tirando de cartera.)*

TODOS.—¿Eh?...

CALAMAR. *(Presentándolos.)*—¡Están aquí!

GOTRÁN. *(Reprimiendo un grito de asombro.)*—¡Ah!

LAURA. *(Horrorizada, haciéndose cargo de la situación.)*—Calla!... ¿Qué has hecho, desgraciado?... ¡¡Vete!!

CALAMAR. *(Extrañadísimo.)*—¿Pero...?

MARTA. *(Sordamente, a media voz y enseñándole la punta de un cuchillo.)*—Si nos descubres, aquí mismo, delante de ti...

GUSTAVO. *(Escamadísimo.)*—¿Pero a qué viene...?

CALAMAR. *(Idem.)*—Tampoco yo me explico... ¡Laura!... *(Laura, acobardada, baja los ojos y no contesta.)*

GOTRÁN.—Es muy sencilla la explicación, Calamar. Es que hace un momento nos decía Laura que te quería de veras y que, pesara a quien pesara, acabaría casándose contigo, precisamente porque tú no sabías robar. *(Riendo.)* Y de pronto llegas tú y...

CALAMAR.—No seas tonta, mujer. He robado esto, pero yo te juro que no volveré a robar.

LAURA. *(Temblorosa.)*—Es que...

GOTRÁN. *(Incorporándose, amenazador, e imponiéndose.)*—Callarás?...

CALAMAR.—Te lo juro. Se acabaron los robos. Ahora, que este... Bueno, si me ves me aplaudes. Fué un golpe de maestro. Yo contra cinco. Cayeron sobre mí como cinco cata... ata... cata... eso; pero yo, invocando tu nombre, ¡Laura!... Laura!..., los puse en fuga, atraqué al embajador, que era el que se manifestaba más valiente, y... ¡Aquí están! *(Por los papeles.)*

GOTRÁN.—¿A ver?...

LAURA.—¡¡No!!..

CALAMAR. *(Dando los documentos a Gotrán.)*—¡Y da criatura!... Te repito que se acabaron los robos y la ma vida. Mañana vamos a ser ricos; y digo vamos, porque lo n quiero yo también que sea de ustedes. Venden ustedes tod estas porquerías, tomamos una casita en el centro de la c dad y emprendemos algún negocio lícito. ¿Eh?... El abue que tanto sabe de todo, nos aconsejará.

LAURA. *(Suplicante.)*—¿No ven ustedes lo bueno que es?

CALAMAR.—No nos vamos a cambiar por nadie. A Gusta mi confidente y guardián de esta noche, porque no me atre a andar solo por ahí, como es un gran artista, le mandaren a España, país de arte. Allí, como gusta siempre todo lo tranjero, se abrirá paso en seguida.

GUSTAVO.—Bien; pero entretanto, a lo que hemos venido, porque con las glorias se te olvida lo principal.

CALAMAR.—Es verdad. Oiga usted, abuelo, que necesitáb mos unos dólares para asearnos un poco y comer bien u vez en la vida. *(Por los papeles.)* Creo que estos document serán suficiente garantía...

GOTRÁN. *(Devolviéndole los papeles.)*—Sí, hombre. *(Lau al ver que Calamar se guarda los documentos, respira sat fecha.)* Marta, dale lo que necesita.

CALAMAR.—Con cincuenta dólares me avío.

MARTA.—Ahí van. *(Le da unos billetes.)* Y si quieres al de ropa...

CALAMAR.—El otro día le eché yo el ojo a un ranglán... *(T ma un abrigo y se lo pone.)* Fijarse, ¿eh? Ahora, aquel hon y... *(Se lo pone.)*

GUSTAVO.—Y al circo.

CALAMAR.—Tú ríete; pero voy que trastorno.

GUSTAVO.—Menudo banquete nos vamos a dar.

GOTRÁN.—¿Dónde va a ser eso?

LAURA. *(Intranquila.)*—¡Qué saben ellos! ¿Verdad?

GUSTAVO.—¿Cómo que no? Tiene que ser en "El gallo oro", donde acuden los buenos artistas y se bebe algo que p rece "whisky".

CALAMAR.—Eso, en "El gallo de oro". Andando.

LAURA. *(A Gustavo.)*—Usted no se separará de él. ¿Verda

GUSTAVO. *(Riendo.)*—No, muchacha. *(A Calamar.)* ¡Lo q te cuida!

CALAMAR.—Di más bien lo que me quiere. Hasta mañar Laura.

LAURA.—Que Dios vaya contigo.

CALAMAR.—Buenas noches.

GOTRÁN.—Adiós, hombre. Y enhorabuena.

MARTA.—Lo mismo digo.

CALAMAR.—Gracias. Hasta mañana. *(Mutis con Gustavo. arta cierra la puerta, y desde la misma dice de un modo si- estro.)* ¡Gotrán!...

GOTRÁN. *(Levantándose de un salto y quitándose su disfraz tirones.)*—¡Qué suerte, Marta! *(Es un hombre de cuarenta ños.)*

LAURA. *(Arrojándose a sus pies y abrazándose a sus pier- as.)*—¡No, por Dios! ¡¡No, por Dios!!

GOTRÁN.—¡Quita! ¡Suelta!

LAURA.—¡El es bueno; el lo quiere todo para ustedes!... Dejadle!

GOTRÁN. *(Arrojándola a un lado.)*—¡Suelta, te digo!

LAURA.—¡¡Madre!!

MARTA.—¡Calla, imbécil!

GOTRÁN. *(Enrollándose una bufanda y poniéndose una an- lia gorra.)* Ve tú a lo tuyo. No me fío de Polión. Aguárdame llí en seguida.

MARTA. *(Tomando su abrigo.)*—Sí.

LAURA.—(¡Dios mío!)

MARTA.—Cierra bien la puerta.

GOTRÁN.—Ya estaba en ello. *(Cierra y atranca bien la uerta de la derecha, por dentro.)*

MARTA.—¿Está muy lejos "El gallo de oro?"

GOTRÁN.—No. Vamos. *(Separa del suelo las esteras.)*

LAURA. *(Valientemente y jugándoselo todo.)*—¡¡No!!... No!!... ¡Contra él, no! Gritaré, llamaré, descubriré a uste- es. Sé que he de correr la misma suerte que ustedes; pero no e importa. *(Gritando.)* ¡¡Aquí!!... A Gotrán...

GOTRÁN. *(Amordazándola.)*—¡Maldita!... *(Forcejea con la y la atenaza contra el suelo.)*

MARTA. *(Asustada.)*—¡¡Gotrán!!

GOTRÁN. *(Amordazándola con su propia bufanda.)*—Des- uida; es para que calle. Sería capaz de echarlo todo a per- er. Dame esos cordeles. *(Marta le da unas cuerdas, y Gotrán ta fuertemente a Laura.)* Aquí, a solas, reflexionará, y luego a haremos entrar en razón. Vamos.

MARTA.—Vamos. *(Levanta una trampa que habrá en el cen- ro de la escena e inician el mutis.)*

PANTALLA

JEFE DE POLICÍA:

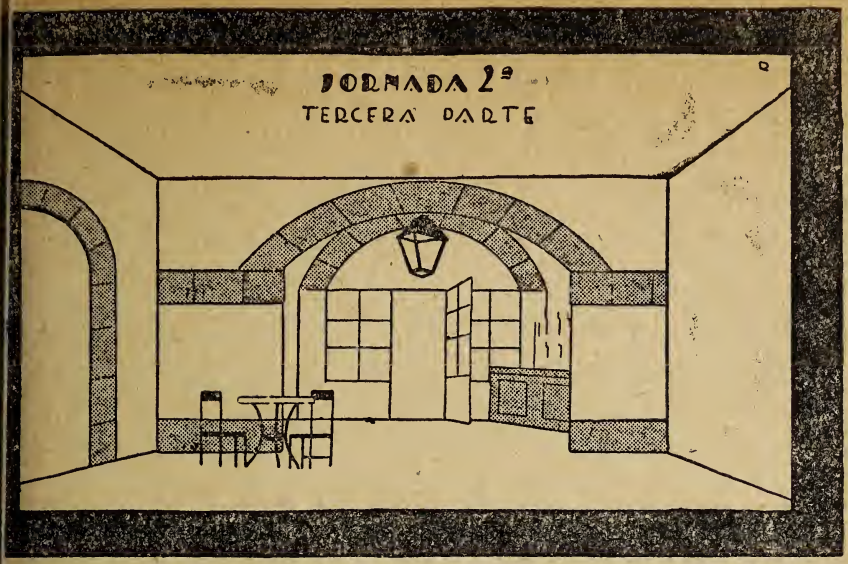
SR. ALIMAN.

TERCERA PARTE

FEDERICO SCAMELL, EL DUEÑO DE "EL GALLO DE ORO", HA LOGRADO BURLAR LA LEY SECA SIN INCURRIR EN RESPONSABILIDAD

TIENE EN ESPAÑA MILLARES DE GALLINAS, A LAS QUE EMBORRACHA TRES VECES AL DÍA, Y HA CONSEGUIDO POR ESTE PROCEDIMIENTO EL EGG-DRUNKARD (HUEVO-BEODO), UN HUEVO DE ALTA GRADUACIÓN ALCOHÓLICA, CUYA CLARA ES AJENJO Y LA YEMA UNA ESPECIE DE COGNAC ESPESO QUE EMBRIAGA SÓLO CON PALADEARLA. TRATADOS ESTOS HUEVOS EN INCUBADORA, PORQUE LAS GALLINAS, CON LA "TAJADA", NO CUMPLEN CON SUS DEBERES DE MADRE, NACEN UNOS POLLOS WHISKY, "CHICKEN-WISTING PEAR" (POLLOS MERLUZAS Y ALGO PERAS), QUE ANDAN CON MARCADO PASO DE CHARLESTÓN Y QUE TIENEN AMPLIAS PLUMAS EN LAS PATAS (PATAS CHANCHULLOS)

ESTOS POLLOS SON IDEALES PARA BANQUETES Y "JUERGAS"



antigua taberna de "El gallo de oro" convertida en casa de comidas de refrescos. La puerta de entrada a la derecha. Otra puerta a la uierda y una amplia ventana en el foro. En el foro también, y en cha-n, la anaquelería y el mostrador. Varias mesas y sillas. Es de noche. En las paredes, y con grandes caracteres, los letreros siguientes:

SON CAUSA DE MALDADES Y DOLORES

EL VINO, LA CERVEZA Y LOS LICORES

(ACADEMIA DE MEDICINA)

PARA TENER LA SANGRE DEPURADA,

JARABE DE FRAMBUESA O DE GRANADA

(DIRECCIÓN GENERAL DE HIGIENE)

¡GUERRA AL WHISKY, GUERRA AL RON!

¡VENGA SODA CON LIMÓN!

(PASTOR ODULFO)

POR CUESTIÓN DE NEGRA HONRILLA
ME PROPONGO DEMOSTRAR
QUE EL BEBER ZARZAPARRILLA
ES LA COSA MÁS SENCILLA
QUE SE PUEDE IMAGINAR

(DOCTOR AZA)

FRUTAS Y BEBIDAS SANAS,
LO MEJOR QUE SE COSECHE;
PIÑAS, PLÁTANOS, MANZANAS,
ZARZAS, TAMARINDOS, LECHE

(SCAMELL)

(Al levantarse el telón están en escena BERTA, ASCAN GERMINA, CALAMAR, GUSTAVO, POLIÓN, COLEN, SCAMELL *y* DI CORO. *Scamell, el dueño del establecimiento, hombre d cuenta años y de aspecto bonachón, estará sentado ante mostrador, leyendo un periódico. Ascania, chica de diez y si años y única camarera de la casa, trajina de un lado pa otro sirviendo a todo el mundo. Calamar y Gustavo comen una de las mesas; en otra, Polión y Dióscoro, un tío mal carado, beben huevos frescos como si bebieran chatos de M tilla, y en otra mesa, Berta, Colen y Germina, mujer mal v tida, con cara de borrachona, beben igualmente.)*

POLIÓN. *(Llamando.)*—Más huevos, Scamell.

SCAMELL. *(Sin levantar los ojos del periódico.)*—Ascania

ASCANIA.—Va. *(Lleva otros dos huevos, en hueveras de al minio, y al servirlos los pincha por ambos extremos, para q puedan ser bebidos con facilidad.)*

DIÓSCORO. *(Brindando.)*—A tu salud.

POLIÓN. *(Idem.)*—A tu salud. *(Beben.)*

CALAMAR.—Está riquísimo este lomo.

GUSTAVO.—Riquísimo. *(Separando del plato una larga h bra.)* ¡Mi madre! ¡Qué pelo más largo!

CALAMAR.—No tiene importancia: del lomo un pelo.

GUSTAVO.—¡Te daba así!... *(Rien.)*

CALAMAR. *(Llamando.)*—Huevos, Scamell.

CAMELL. *(Como antes.)*—Ascania...
SCANIA.—Va. *(Sirve nuevos huevos a Calamar y Gustavo.)*
ERTA.—¿Dónde habrá escarbado ese?...
ERMINA.—¡Qué sé yo! Voy a ver si me convida. *(Se levanse tambalea y se vuelve a sentar.)*
OLEN.—¿Qué te pasa, mujer?
ERMINA.—La puesta en marcha, que la tengo fatal. *(Ríen.)*
ALAMAR. *(Volviendo la cara.)*—¿Hay buen humor?
ERMINA.—Hay ganas de que nos convides.
ALAMAR.—A tu gusto. *(Llamando.)* Scamell, que beban s lo que quieran.
CAMELL. *(Como siempre.)*—Ascania...
SCANIA.—Va.
OLEN.—Muchas gracias, hombre.
ERTA.—Lo mismo digo. *(Ascania sirve huevos a Berta, mina y Colen.)*
Ante la ventana del fondo se detienen, con ciertas precaues, ANA, PAN-KÚ *y* HORACIO. *Este último, disfrazado de tor protestante, con barba rubia. Como Polión está de esdas a la ventana, no advierte la presencia del grupo. Pantrae a Ana bien sujeta.)*
NA.—Sí; allí está. Pero soltadme, por Dios.
ORACIO.—¿Cuál es?
NA. *(Por Polión.)*—El que está de espaldas y enciende ra mismo. *(Polión está encendiendo su pipa.)*
ORACIO.—Bien. *(Hace una seña a Pan-kú.)*
NA.—¡Soltadme!
AN-KÚ.—Sí, ahora. *(Desaparecen.—Horacio entra en esa, tras una breve pausa, y se sienta ante una de las mesas. os le miran con cierta escama.)*
CAMELL.—Ascania...
SCANIA.—Va. *(Se acerca a Horacio.)* ¿Qué desea el señor?
ORACIO.—Naranja con soda. *(Ascania le sirve lo que ha ido.)*
IÓSCORO. *(Aparte a Polión, por Horacio.)*—La barba no suya, Polión.
OLIÓN.—A la legua se ve. Y debe venir por nosotros, por- ni siquiera nos ha mirado...
IÓSCORO. *(Amenazador.)*—Entonces...
OLIÓN. *(Conteniéndole.)*—¡Quieto!
ILLIAM. *(Entrando en escena por la derecha.)*—Buenas hes.
OLEN.—Hola, muchacho.
ALAMAR.—Buenas noches, William.
ILLIAM. *(Sentándose junto a Berta.)*—Cansado vengo.
CAMELL. *(Acercándosele.)*—Qué, señor William. ¿Se sabe o nuevo del asunto Filquemont?

WILLIAM.—Se sabe. *(Gran curiosidad en todos.)*

BERTA.—Di.

WILLIAM.—Se sabe que Horacio Piffart, nuestro gran d tective ha apostado cien libras a que antes de las doce esta noche encuentra al coronel Filquemont.

POLIÓN. *(Levantándose.)*—Pues cuando se ha atrevido apostar... *(Se acerca a Horacio y le mira fijamente. Hora bebe impasiblemente su naranjada.)*

WILLIAM.—Y se sabe algo más.

TODOS. *(Interesadísimos.)*—¿Eh?

WILLIAM.—Se sabe, por confesión espontánea del embajad de Feronia que los planos de los inventos Filquemont no fueron robados, sino que se le cayeron al apearse del autom vil la noche de su llegada a Nueva Luz.

CALAMAR.—¡Hay que ver lo embusterísimo que es ese tí Pudo haber dicho eso desde el primer instante...

WILLIAM. *(Bajando la voz.)*—Además, dicen que... *(Tem roso.)* Con esto hay que tener mucho cuidado... *(Sigue co tando algo en voz baja a Berta, Colen, Germina y Gustav Calamar continúa comiendo.)*

SCAMELL. *(Tembloroso, al ver a través de la ventana la s niestra figura de Gotrán.)*—(¡¡Gotrán Harún!!... ¡Dios m valga!... ¿Qué buscará aquí?...) *(Se seca el sudor. Una bre pausa. Aparece* GOTRÁN *en la puerta de la derecha. Polió al verle, va a levantarse; pero Gotrán, con un gesto imperat vo, le obliga a sentarse de nuevo. Gotrán se fija en todos l personajes, muy especialmente en Horacio, cambiando acer de él una mirada de inteligencia con Polión. Scamell, qu fingiendo una gran tranquilidad, se acerca a él, le dice a m dia voz, temblorosamente.)* Gotrán...

GOTRÁN.—Deja esto a oscuras durante un minuto.

SCAMELL. *(Resistiéndose y suplicante.)*—¡Por lo que má quieras!...

GOTRÁN.—¡¡Obedece!! *(Scamell se separa de él pausad mente y se dirige hacia el mostrador. Pausa. Gotrán se sient frente a Horacio. En el grupo en que está William suena unas carcajadas y al mismo tiempo queda la escena complet mente a oscuras. Cúidese que el oscuro del teatro sea absolut Berta, Germina y Ascania lanzan un grito. Se oye ruido d lucha. Alguna mesa, alguna silla es derriba con estrépito.)*

CALAMAR.—¡Ay!... ¡Favor!...

LAURA.—¡¡Luz!!...

GUSTAVO.—¡Scamell!

ASCANIA.—¡Dios mío!

WILLIAM.—¡¡Aquí!!... *(Vuelve la luz a la escena. Calama está tendido en el suelo. Han desaparecido Horacio, Polión Dióscoro y Gotrán.)*

USTAVO.—¡Calamar! *(Acude a él.)*
ERTA.—¡Calamar!...
ALAMAR. *(Aturdido, llevándose las manos al bolsillo del o.)* ¡Me han robado!... ¡¡Me han robado!!... *(Pierde el ido.)*
USTAVO.—¡Díos mío!
ILLIAM.—¿Pero qué le han robado?...
USTAVO.—¡Los planos de los inventos Filquemont! *(Todos an un grito.)*
ERTA.—Ese de la barba, sin duda... Corre, William. Bús-
ILLIAM.—Sí.
USTAVO.—¡Vamos! *(Corren hacia la puerta y se detienen el dintel de la misma.)* ¡Un hombre muerto!...
ODOS.—¿Eh?... *(Acuden a la puerta Scamell y Colen.)*
ILLIAM.—¡El de la barba!...
OLEN.—No está muerto... Incorporarle... ¡Vamos! *(Al incorporarle le quitan la barba.)*
ILLIAM.—¿Eh?... ¡¡Piffart!... ¡¡El detective!!... ¿Entonel ladrón?...
CAMELL.—El ladrón ha sido Gotrán Harún. *(Terror en s.)*

PANTALLA

MINUTOS DESPUÉS, Y UN POCO REPUESTO DEL TREMENDO GOLPE, CORRIÓ CALAMAR A CASA DE LAURA. NECESITABA CONTARLE SU DESGRACIA Y PEDIR UN CONSEJO AL ABUELO ROMÁN, QUE TANTO SABÍA DE LA VIDA

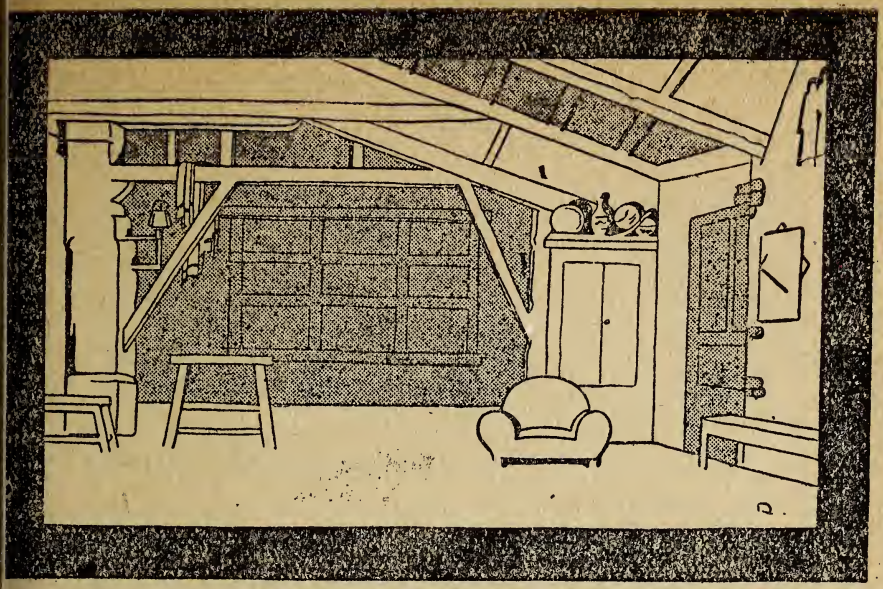
(A telón corrido.)

ALAMAR. *(Llamando, angustiado.)*—¡Laura!... ¡Laura!... eme... ¡No puedo más!... ¡Me han robado!... ¡Soy el hom- más desgraciado del mundo!... *(Nuevos golpes.)* ¡Lau- . ¿Por qué no respondes? Soy yo, Calamar... ¡Abre!... rta!... ¡Abuelo!... ¿Nadie me contesta?... *(Se oye un ido de Laura.)* ¿Eh?... ¿Un gemido?... ¡Gustavo! ¡Señor art!... ¡Aquí! ¡Pronto!... Algo ha sucedido ahí dentro.
USTAVO. *(Llamando.)*—¡Abuelo!... ¡Marta!... *(Nuevos que- de Laura.)*
ORACIO.—En efecto; alguien se queja. Hay que entrar a trance.
ALAMAR.—Por aquí. Ayudadme.
USTAVO.—Vamos. *(Se escucha el ruido de un cristal que ompe, al mismo tiempo que se levanta el telón.)*

LAURA:

SRA. MURO.

CUARTA PARTE



La misma decoración de la segunda parte; es decir, la casa de Laura tal y como quedó al terminar dicho cuadro. Laura está en el suelo, atada y amordazada.

(Por el roto cristal de la ventana penetra la mano de Calamar, que logra abrir la cristalera y entrar en escena, seguido de Gustavo.)

CALAMAR.—¡¡Laura!!... *(La desata nerviosamente.)*

GUSTAVO. *(Abriendo la puerta de la derecha.)*...Por aquí, señor Piffart...

HORACIO. *(Entrando, vestido como en el episodio anterior, pero sin barba ni bigote.)*—¿Eh?... ¿Amordazada y atada?...

LAURA.—¡Dios mío!... ¡Calamar!...

CALAMAR.—¿Qué ha sucedido, Laura? ¿Y tu abuelo y tu madre?

LAURA.—No te ocupes de ellos, Calamar. ¡Miserables!...

TODOS.—¿Eh?...

LAURA.—¿Te han robado, verdad? ¡Ah, canallas!... ¡Qué mal hiciste en hablar delante de él!... *(Indica el sitio en que solía sentarse Gotrán.)*

GUSTAVO. *(Que ha cogido la melena y la barba que se quitó Gotrán.)*—¿Eh? ¿Pero el abuelo Román?

LAURA.—Ese es el nombre y ese es el disfraz con que os engaña a todos.

CALAMAR. *(Miedoso.)*—¿Entonces?...

LAURA.—Es Gotrán Harún. *(Terror en Calamar y en Gus-*

tavo.) Salió de aquí dispuesto a apoderarse de esos documentos, no sé si para ganarse el premio o para vender los inventos a cualquiera otra nación... ¡Es un miserable!... ¡¡Un miserable!!

GUSTAVO.—Pero ¿cómo estaba cerrada la puerta por dentro?...

LAURA.—El sale siempre por la casucha de la otra esquina, que comunica con esta cueva.

HORACIO. *(Interesadísimo.)*—Hola... *(Levanta la tapa de la cueva.)*

CALAMAR.—¿Pero tu madre...?

LAURA.—Esa mujer no es mi madre, Calamar. Me obliga a darle ese nombre; pero, por fortuna, no lo es. Mi verdadera madre, antes de morir, me confió a ella. Durante algunos años fué buena conmigo; pero desde que conoció a ese hombre... Por miedo no he huído de aquí muchas veces. Sabía que si me encontraban me matarían, y preferí sufrir y callar. Ahora, ya no: es preferible la muerte cien veces.

HORACIO.—¿Cree usted que Harún volverá esta noche?...

LAURA.—No puede tardar. Hasta más tarde no habrá de reunirse con Polión para... ¡Qué horror!

HORACIO.—Hable: diga...

LAURA.—Para dar muerte a esos que tienen secuestrados.

HORACIO.—¡No saber yo dónde están!... ¡Haber perdido la pista!... Ese canalla de Polión supo lo que hizo al golpearme de aquel modo. Menos mal que ahora... Necesitaría un disfraz cualquiera.

LAURA.—En la cueva hay montones de ropa.

HORACIO.—Entonces... *(Se dispone a bajar.)*

CALAMAR.—¿Pero y esos documentos, señor Piffart? ¿No podríamos avisar o decir...?

HORACIO.—Al lado del peligro que corren esos desgraciados, lo de los documentos carece de interés para mí. Prueba a rescatarlos. Puesto que Gotrán Harún ha de entrar por esta misma trampa sin esperar la agresión de nadie y sin sospechar nada, porque yo he de limitarme a seguirle cuando salga, sorpréndele y róbale tú a él como antes te robó él a ti.

GUSTAVO.—Dice bien.

CALAMAR. *(Tembloroso.)*—Es que... acometer a Gotrán Harún...

HORACIO.—Hay que ser valiente, Calamar. Ahora no trabajas mirando solamente a tu conveniencia; ahora defiendes también la vida de esa mujer que no tiene ya en el mundo otro amparo que tú. Tú allá. Siento abandonarte a tus propias fuerzas; pero en este momento hay algo más importante que reclama mi atención. Adiós. La noche promete ser rica en emociones. ¡Que Dios no se aparte de nosotros! Cerrad

cuando yo baje. Buenas noches. *(Desaparece por la escalera.)*

GUSTAVO.—Buenas noches. *(Cierra la trampa.)*

LAURA. *(Apuradísima.)*—¿Qué hacemos, Calamar? ¡Tengo miedo!

CALAMAR.—No temas: sabremos defendernos. Somos tres contra él.

GUSTAVO.—Y podemos ser más.

LAURA, CALAMAR.—¿Eh?...

GUSTAVO.—William y Colen nos dijeron que iban a venir.

CALAMAR.—Sí; pero cuando sepan que el abuelo Román es Gotrán Harún...

GUSTAVO.—¿Y por qué han de saberlo? Hagamos una farsa... Siéntate ahí como si fueras el viejo Román. Yo diré que estás enfermo; que no puedes tenerte del susto, porque yo he venido a denunciarte que han escalado tu casa y acabas de sentir ruido en la cueva.

LAURA. *(Ayudándole a ponerse la peluca y la barba de Gotrán.)*—Sí; eso es lo mejor. ¡Anda! *(Rumor de voces en la calle.)*

GUSTAVO.—¡Pronto!...

CALAMAR. *(Indeciso.)*—Pero...

LAURA.—Siéntate; yo te arroparé... *(Lo hace.)*

CALAMAR.—Acércame un arma cualquiera: no tengo con qué defenderme.

LAURA. *(Dándole un sable.)*—Toma.

GUSTAVO. *(Cerrando la ventana.)*—Sí; son ellos. Les saldré al encuentro... *(Abre la puerta de la derecha y aguarda unos segundos. Al presentarse en escena* WILLIAM, COLEN, BERTA *y* GERMINA, *los recibe haciéndoles gestos de que callen.)*

WILLIAM.—¿Eh?

GUSTAVO.—¡¡Silencio!!... *(Cierra la puerta.)*

COLEN. *(Extrañadísimo, como los demás.)*—¿Pero...?

GUSTAVO.—¡Andad de puntillas!... ¡Que no se oiga ni una voz!... Un hombre ha escalado la casa y está abajo en la cueva dispuesto a subir para...

LAURA.—El pobre abuelo está muerto de susto.

GUSTAVO.—Hay que esperar a que suba y atenazarle bien.

WILLIAM.—No sabíamos que tuviera cueva esta casucha.

GUSTAVO.—¡Silencio!... *(Quedan todos a la expectativa.)*

BERTA. *(Tras una breve pausa.)*—No...

GERMINA.—¿Y Calamar?

GUSTAVO.—Ha ido a la Dirección de la Policía.

LAURA. *(Que está arrodillada junto a Calamar, cerca de la trampa de la cueva.)*—¡Callad!... *(Se hace un profundo silencio.)* ¡Sí! *(Medio arrastrándose se retira de allí horrorizada.)*

GUSTAVO. *(Casi con el aliento.)*—¡¡Nadie se mueva!!

CALAMAR.—(¡Dios mío!) *(Hay una pausa angustiosa. Nadie respira. Todos se agachapan y se disponen a caer sobre el futuro enemigo. Pausadamente se levanta la trampa de la cueva y surge de ella Gotrán Harún. Rápidamente caen sobre él Gustavo, William, Colen, Berta y Germina.)*

GOTRÁN. *(Procurando defenderse.)*—¡Ah! ¡Canallas!...

GUSTAVO.—¡¡Quieto!!...

WILLIAM.—¡Esa cuerda, Berta!

BERTA. *(Dándosela.)*—Hazle un nudo de los tuyos.

COLEN.—Al cuello sería mejor. ¡Venir a robar a un pobre viejo!

GUSTAVO.—Que no pueda moverse, William; es un hombre muy peligroso.

GOTRÁN. *(Ya atado y en el suelo.)*—¡Eso lo sabrás tú muy pronto, canalla! Con Gotrán Harún no se juega impunemente.

WILLIAM. *(Aterrado, como los demás.)*—¡¡Gotrán Harún!!... ¡Huye, Berta!

BERTA.—¡Dios mío!... *(Se van por la derecha.)*

COLEN.—¡Gotrán Harún!... *(Vase tembloroso.)*

GOTRÁN.—¡Cobardes!...

CALAMAR. *(Que se ha quitado la melena y la barba, arrojándose sobre Gotrán y registrándole.)*—¿Dónde están?... *(Encontrando los documentos.)* ¡¡Ah!! ¡Por fin!... ¡¡Laura!!

LAURA.—¡Huyamos de aquí, Calamar!

CALAMAR. *(Por Gotrán.)*—Pero este hombre...

GUSTAVO.—La Policía se encargará de él. Hay también un premio para quien lo presente vivo o muerto, y ése va a ser para mí. *(Tirando de cuchillo.)*

CALAMAR.—¿Qué vas a hacer?

GUSTAVO.—Asegurarle.

LAURA.—¡¡No!!

CALAMAR.—¡No, Gustavo; eso no!

GUSTAVO.—A vuestro gusto. *(Deja el cuchillo.)* No; zafarse no se zafa; pero por si acaso me quedaré aquí vigilando mientras vosotros avisáis a la Policía.

CALAMAR.—Vamos. Espera. *(Se acerca a Gotrán y le da un azotazo.)* ¡Toma! *(A Laura.)* Andando.

LAURA.—Sí. *(Mutis por la derecha.)*

GUSTAVO. *(Tomando de nuevo el cuchillo y acercándose a Gotrán.)*—Les he dejado que se vayan; pero lo mejor es...

GOTRÁN.—¡Cobarde! Así no he matado yo nunca...

CALAMAR. *(Desde la ventana del foro.)*—¡Gustavo! ¡Marta!... ¡Ahí viene Marta!...

GUSTAVO.—¡Ah!

GOTRÁN.—¡Por fin, Marta!...

GUSTAVO.—¡¡No!!... *(Amordaza a Gotrán con su pañuelo.)*

CALAMAR.—¿Qué hacemos?...

GUSTAVO.—Avisa a la Policía. Yo sabré entretenerla e impedir que entre. ¡Corre!

CALAMAR.—Vamos. *(Gustavo se va por la derecha, cerrando la puerta. Pausa. Gotrán intenta inútilmente zafarse. Pausadamente se abre la trampa de la cueva y entra en escena* HORACIO *disfrazado de mendigo.)*

HORACIO. *(Libertando a Gotrán de mordazas y amarrijos.)* Por fin!...

GOTRÁN. *(Levantándose.)*—¿Quién eres?

HORACIO.—Soy Pitter Hon y vengo de parte de Polión de Bell, a quien acaba de detener la Policía por haber dado muerte en "El Gallo de Oro" al detective Horacio Piffart.

GOTRÁN.—Gracias. ¿Puedo contar contigo?

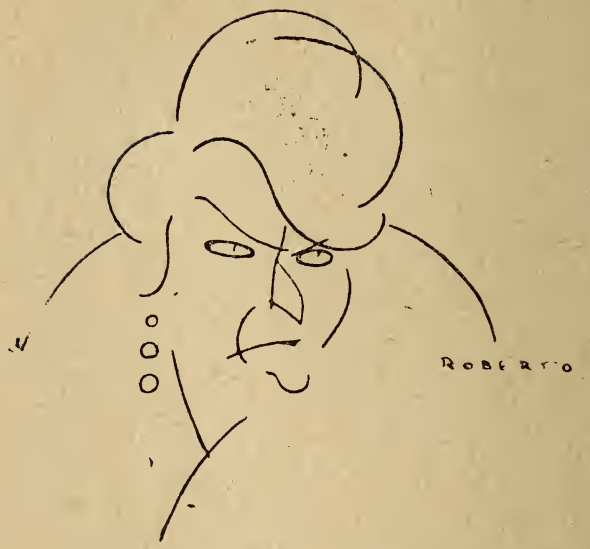
HORACIO.—Para todo.

GOTRÁN.—Pues sígueme: te necesito. Es mucho lo que tengo que hacer esta noche y no puedo hacerlo solo. ¿Vamos?

HORACIO.—¡Vamos! *(Al iniciar el mutis por la escalera de la cueva, Gotrán le detiene, le cachea, le quita un puñal y le indica imperiosamente que debe bajar primero.)*

PANTALLA

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA



GUNDULA:

SRA. DE SIRIA.

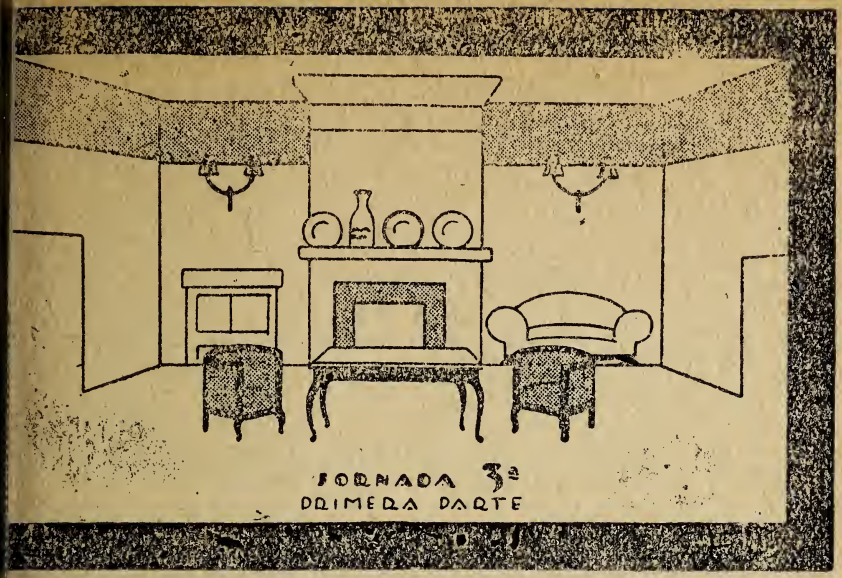
TERCERA JORNADA

PRIMERA PARTE

A LUIS DE FILQUEMONT SE LE PODÍA AHOGAR CON UN CABELLO. ¡DESGRACIADO!... ¡Y TODO POR HABER INVENTADO EL CÉLEBRE TOXPIRO!...LO QUE ÉL DECÍA: "EN ESTA VIDA MISERABLE NO SE PUEDE INVENTAR NADA. AL INFELIZ QUE DESCUBRE ALGO IMPORTANTE LO EMPLUMAN"

¡QUÉ VERDAD TAN GRANDE! PORQUE ASÍ HA OCURRIDO SIEMPRE. EL INVENTOR DE LA PÓLVORA FUÉ KON, EL CÉLEBRE MARISCAL DE PEKÍN. A ESTE KON, CHINO, SUS COETÁNEOS LE MALTRATARON, LE VILIPENDIARON Y LE CONFISCARON SUS BIENES. PARA TRASLADARSE A EUROPA PRETENDIÓ HACER UNA COLECTA EN LA PLAZA PÚBLICA, Y LAS AUTORIDADES LE CORTARON LA COLECTA EN LA MISMA PLAZA

AL ÚNICO AUTOR DE GRANDES DESCUBRIMIENTOS A QUIEN RESPETARON SUS PAISANOS FUÉ AL INVENTOR DE LA DINAMITA. ESE SE SALVÓ EN UNA TABLA, PORQUE DECÍAN EN TODAS PARTES: "DEJARLE, DEJARLE, QUE ESE ES NOBEL"



salón amueblado con exquisito gusto en casa de Filquemont. Puer-
en ambos laterales. La que sirve de entrada, a la izquierda. Es de
noche. Todos los aparatos de luz, encendidos.

Al levantarse el telón están en escena ANA, LUIS *y* PAN-KÚ.
a, sentada en primer término, triste y cabizbaja. Pan-kú y
s, de pie.)

LUIS. *(De "smoking".)*—¿Entonces vió usted cómo el señor
fart era agredido?...

PAN-KÚ.—Sí, señor; pero no pude socorrerle. Comprendí
si acudía en su auxilio, esta señorita, al verse libre de mí,
a... abandonarnos.

ANA. *(Entre dientes.)*—¡Canalla!...

PAN-KÚ.—Y como su presencia nos es de todo punto indis-
sable opté por traerla aquí y volver a "El Gallo de Oro"
busca de noticias. Allí supe que Gotrán Harún había ro-
lo las fórmulas del toxpiro a ese infeliz Calamar, y que el
ior Piffart, repuesto de la agresión, había ido con él a
a de un viejo judío de los arrabales. Corrí a las señas
e me indicaron; pero cuando llegué encontré lo que le refe-
hace un instante: que el viejo judío, que era Gotrán Ha-
n, había desaparecido. En la calle, sin dar señales de vida,
aba un ladronzuelo, amigo de Calamar, llamado Gustavo,
artista, y cerca de él una hoja de papel que decía: "Aviso

urgente a Luis de Filquemont. Averigüe por Ana Prell, como sea, el domicilio de Polión, y búsqueme allí antes d doce. Sólo así podrá salvar la vida del coronel y la mí Piffart."

LUIS. *(Por Ana.)*—¿Y esta mujer?

PAN-KÚ.—Esta mujer jura que ignora el domicilio d padre.

LUIS. *(Suplicante.)*—¡Ana!...

ANA. *(Sinceramente.)*—No lo sé.

LUIS.—Pida, exija, disponga...

ANA.—Le repito que no lo sé.

PAN-KÚ—No lo sabe: dice la verdad. Cuando no me l dicho a mí...

ANA. *(Amenazadora y mirándole con odio.)*—¡Cobard Si yo puedo algún día...

PAN-KÚ.—Siguiendo las indicaciones de usted, he supli a la señorita de Secabia que venga para ver si entre ell su cómplice...

LUIS.—¿Insiste usted en afirmar que Virginia...?

PAN-KÚ.—Sí, señor. Sólo a ella, y por motivos que n tienen que ver con la política, se debe el secuestro de la ñorita de Morell. Puedo asegurarle, en cambio, que ni ell su padre tienen nada que ver con el secuestro del coronel quemont. *(Rumor de voces dentro.)* Aquí están ya los seño de Secabia.

VIRGINIA. *(Entrando en escena seguida de Gúndula y terio. Los tres muy vestidos.)*—Qué, amigo Luis, ¿ha logr usted averiguar...?

LUIS.—Nada.

VIRGINIA.—Pan-kú nos ha contado por teléfono lo sucedi y hemos abandonado la fiesta de la Legación para venir a nernos a sus órdenes.

LUIS.—Gracias.

RATERIO.—Ahora sí que ha tomado un mal cariz el asu querido Filquemont.

GÚNDULA.—Sí.

RATERIO.—No me fío de Gotrán Harún. Es mala cosa que estén en su poder las fórmulas del toxpiro. Ya verá ted cómo se las vende a cualquier país haciendo traición Feronia que tan generosamente—según dicen—le ofreció indulto a cambio de su ayuda en este particular.

LUIS. *(A Virginia.)*—Ana jura que desconoce el domici de su padre.

VIRGINIA.—Y no miente, Luis. Si lo supiera lo diría, ella y por mí. Por ella, porque si muere el coronel Filquem saben todos que muere a manos de Harún, cómplice en e

de su padre y aun de ella misma. Por mí, porque yo en stante de despecho, de locura... *(Conmovidísima.)* ¡Perne, Luis!... Yo no quiero que usted me odie. Si pudiera en mí ahora mismo, vería con claridad que sería capaz ir cien vidas que tuviera por verle feliz; por devolver ertad a su pobre padre y... a Flora Morell.

TERIO. *(Solemne.)*—Yo le juro, señor de Filquemont, que, ar de lo que afirman por ahí, en el secuestro de su sepadre no ha tenido arte ni parte el noble Estado que yo sento. Esto es evidente, palmario, inconcuso. Esto se ve, ca, se palpa, se aspira...

NDULA.—¡Bien!

TERIO.—Lo que sucede es que ese Gotrán Harún, más ta que el Papa, ha laborado por su cuenta con miras amente tendenciosas.

NDULA.—¿Sí?

TERIO.—Sí. Y así lo he comunicado a mi Gobierno, supli- que se reuna un quinquevirato para que me juzgue.

NDULA.—¡Sí! *(Rumor de voces dentro.)*

N-KÚ.—¿Quién? *(Se acerca a la puerta de la izquierda.)* l señor Huever, el comisario de Policía...

EVER. *(Entrando en escena magníficamente, seguido de a y de Calamar.)*—Buenas noches.

IS. *(Extrañado.)*—¿Eh?

EVER. *(Enfático y pomposo.)*—Como la bíblica paloma, de Filquemont, vuelvo a esta arca, si no con la rama de , con la más grata de las nuevas.

IS. *(Ansiosamente.)*—¡Diga!...

EVER. *(Alargándole unos papeles.)*—Aquí están las fórs de sus inventos. *(Sensación en todos.)*

IS. *(Examinando los papeles nerviosamente.)*—Es verdad.

EVER.—Calamar, que escuchó su denuncia de aquella e y que deseaba demostrar sus aptitudes para ingresar a Policía, buscó afanosamente en los alrededores de la d y logró encontrar la cartera y los papeles perdidos por ñor conde. *(Raterio tuerce el gesto incrédulamente.)*

IS. *(Entregando los papeles a Pan-kú.)*—Guárdelos. *n-kú hace mutis por la derecha y vuelve a salir en se-a.)*

EVER.—Mañana, a las doce, se entregará a Calamar por ñor ministro del Interior el premio en metálico ofrecido.

IS.—Bien; pero de Horacio Piffart ¿se sabe algo?

EVER.—Su angustioso aviso hace pensar que ha caído en r de esos malhechores.

LAMAR.—¿Un aviso, compañero?

EVER.—Helo aquí. *(Entrega un papel a Calamar. Este ura lo leen afanosamente.)* Si Ana Prell no habla...

LUIS. Ana Prell no sabe...

ANA.—No sé. ¡Lo juro!

LUIS. *(Suplicante.)*—Por última vez, Ana... Virginia, última vez... Yo cedo toda mi fortuna; yo entregaré a Fe nia las fórmulas de mis inventos para que los explote jun mente con Estania. Que las dos naciones, unidas como herr nas, dominen al mundo. Pero que se salve mi padre; Flora Morell no sea asesinada... Me da el corazón que ahora mismo no averiguamos el domicilio de esos miserab Gotrán Harún para borrar todo vestigio dará muerte a padre y a Flora y al mismo Piffart.

LAURA. *(Firmemente.)*—¡Es cierto!

TODOS.—¿Eh?

LAURA.—Esos eran sus propósitos.

TODOS.—¿Qué?

LAURA.—Pero yo sé en qué lugar se esconden. Yo sé dó están secuestrados esos infelices. *(Sensación.)*

LUIS.—¡Dios mío!...

PAN-KÚ. *(Por Laura.)*—Pero ¿quién?...

CALAMAR. *(Idem a Pan-kú.)*—Otra víctima de Gotrán H rún. Acaso la que más ha sufrido de todas.

LUIS.—Hay que ir inmediatamente.

HUEVER.—Sí. *(A Laura.)* Díganos en seguida dónde...

LAURA.—No sé los nombres de las calles; sé ir.

LUIS.—Corramos, por Dios.

HUEVER.—Sí; avisaré a la Dirección para que nos mande.

LAURA.—Cuidado, señor comisario. Si de lo que se trata de salvar la vida a esos infelices no ha de ser la fuerza que lo consiga, sino la astucia. Si ellos notan que van a s sorprendidos...

ANA.—Dice bien esa mujer. *(A Virginia.)* ¿Se atreve ust a acompañarme?

VIRGINIA. *(Con gran energía.)*—¡Sí!

GÚNDULA.—¡¡Virginia!!...

RATERIO.—¡¡Hija!!

VIRGINIA.—Nadie se oponga a ello. Salvar al coronel Fi quemont es lograr para Feronia lo que Luis acaba de ofrece

LUIS.—¡No me desdigo!

VIRGINIA.—Salvar a Flora Morell es reconquistar una est mación más preciada para mí que la propia vida. *(A Laura* Guíenos usted.

LAURA.—Vamos.

CALAMAR. *(Aterrado.)*—Pero, Laura, ¿tú?...

LAURA. *(Con firmeza.)*—Sí.

CALAMAR. *(Idem.)*—Pues vamos. Soy ya de la Policía. *(Huever.)* Una palabra. Si sucumbo, como espero, que invie

los dólares del premio en erigirme un monumento en la
za de la República con una inscripción que diga:

"Monumento a Calamar.
Uno que fué detective
porque no supo robar."

ndando!... *(Inician el mutis.)*

PANTALLA

SEGUNDA PARTE

EN LAS CERCANÍAS DE NUEVA LUZ, Y A ORILLAS DEL LAGO KURBÉILL, HABÍA UN CASTILLO MEDIO DERRUÍDO Y LLENO DE MISTERIO: EL CÉLEBRE CASTILLO DE BERLERIG

EN UNA HONDA CUEVA DE ESTE CASTILLO TENÍAN SU TRISTE CÁRCEL FLORA MORELL Y EL CORONEL FILQUEMONT

ROLANDA, LA MUJER DE POLIÓN Y MADRE DE ANA, ENCARGADA POR LOS MALHECHORES DE VIGILAR A LOS INFELICES SECUESTRADOS, BAJABA A LA CUEVA A CIERTAS HORAS, LES DESAMORDAZABA Y LES OBLIGABA A TOMAR ALGÚN ALIMENTO PARA QUE NO MURIESEN DE INANICIÓN. LUEGO LES VOLVÍA A AMORDAZAR Y LES DEJABA EN LAS TINIEBLAS DE AQUELLA ESPECIE DE TUMBA, ESCUCHANDO LAS CADENCIOSAS ESTROPADAS DE LOS REMEROS QUE CRUZABAN EL LAGO Y QUE CREÍAN ELLOS IBAN A SER SUS LIBERTADORES

¡QUÉ ALEGRÍA EXPERIMENTABAN CUANDO ALGUNO DE LOS MARINEROS PREENTONABA UNAS NOTAS Y CANTABA LUEGO ALGUNA ROMANZA ABEMOLADA Y TRISTE!...

POR DESGRACIA CANTABAN MUY POCAS VECES Y NO REPETÍAN LA CANCIÓN JAMÁS. EN LOS ESTADOS CASI UNIDOS NO SE REPITEN LAS ROMANZAS HASTA TRES VECES, COMO EN ESPAÑA.

EL CORONEL Y FLORA, QUE NI SE CONOCÍAN NI HABÍAN PODIDO CONVERSAR, IGNORABAN QUE UNA MISMA CAUSA LES RETENÍA EN AQUEL ANTRO

Una lóbrega cueva, a la que se baja por una escalera de piedra de cuatro peldaños, que arranca del foro. La puerta a que da acceso esta escalera estará en el último término de la derecha. En el foro, y como a medio metro de altura, una ventana apaisada con amplio alféizar y reja de gruesos barrotes, practicable, con cerrojo y gran cerradura en el centro.

En el lateral izquierda, primer término, se inicia en la piedra el arranque de una baja, estrecha y abovedada galería, que se pierde en el lateral.

Hay en escena unos toscos taburetes que sirven de asiento. Es de noche. Por la ventana del foro entra una débil luz.

(Al levantarse el telón están en escena, esposados, amordazados, encadenados a la pared y tumbados sobre unos viejos petates, FLORA *y el coronel* FILQUEMONT. *Se oye dentro el acompasado sonar de unos remos, y luego una voz que entona una vieja canción inglesa. Procúrese que la canción sea vieja e inglesa de verdad, para que no salga después ningún deshogado diciendo que es suya y pretendiendo cobrar el pequeño derecho. Al escuchar las primeras notas del canto, Flora y el coronel se incorporan y escuchan llenos de esperanza. Durante la canción se abre la puerta de la derecha y aparecen en lo alto de la escalera, farol en mano,* ROLANDA *y* DIÓSCORO. *Rolanda, que conduce además una pequeña cesta, es una mujer como de cincuenta años, de aspecto agradable. Bajan, dejan los faroles sobre el alféizar, y mientras Dióscoro quita las mordazas a Flora y el coronel, Rolanda saca de la cesta una botella y unos panes.)*

ROLANDA. *(A Flora.)*—Vamos; hay que comer algo.

FLORA.—Nada deseo.

ROLANDA.—Usted allá. *(Al coronel.)* ¿Y usted?

CORONEL.—Agua solamente. Me abraso de sed.

ROLANDA. *(A Dióscoro.)*—Dale. *(Entrega a Dióscoro la botella.)*

DIÓSCORO. *(Al coronel.)*—Ahí va. *(Le da la botella. El coronel, con sus manos esposadas, toma la botella y bebe afanosamente.)*

ROLANDA. *(Recogiendo la botella de manos del coronel.)* Debía comer algo.

CORONEL.—No podría aunque quisiera.

ROLANDA.—Entonces... *(A Dióscoro.)* Amordázalos otra vez.

CORONEL.—¡Por caridad!... Nada hablaré, lo juro. Dejadme un momento más sin la mordaza. Me fatiga, me ahoga...

ROLANDA. *(Sentándose abatida. A Dióscoro.)*—Déjalos.

CORONEL.—Gracias. *(Se tiende en el suelo.)*

DIÓSCORO. *(Tras una pausa. A Rolanda.)*—¿Pero qué pasa, mujer?

ROLANDA.—Que por fin he visto hoy a mi hija, Dióscoro.

DIÓSCORO.—¿Eh?... ¿Y la has hablado?...

ROLANDA.—No me ha sido posible. Ese canalla no se separa de ella ni un instante.

DIÓSCORO.—¿Quién?

ROLANDA.—Pan-kú.

FLORA. *(Sin poder contenerse.)*—¿Eh?...

ROLANDA. *(A Flora.)*—Conoce usted a esa miserable, ¿verdad?

FLORA.—Sí, señora. Y no es un hombre malo como usted se pone, se lo aseguro. Por bueno, por fiel y por inteligente tenía puesta en él su confianza mi jefe el señor Filquemont.

CORONEL. *(Incorporándose ansiosamente.)*—(¿Eh?)

DIÓSCORO. *(A Rolanda.)*—Verdad que ésta...

ROLANDA.—Sí; era la novia del ingeniero.

FLORA. *(Tristemente.)*—¡La novia!... ¡Pobre de mí! ¡Qué era yo para aspirar a esa ventura! Jamás me habló de amores y nunca fuí nada suyo, aunque él lo era todo para mí. ¡Todo! No lo niego. Me dice el corazón que no he de salir más de esta cárcel, y no me importa ya confesar mis sentimientos. En medio de estas angustias, cuando pienso que es por él por quien sufro y que es por él por quien voy a morir, miro a la muerte como al mejor de los premios.

CORONEL. *(Como electrizado.)*—¿Quién eres tú que hablas así, mujer?

DIÓSCORO.—Verdad que éstos no se conocen. *(A Flora, por el coronel.)* Ahí tienes al padre de Luis Filquemont.

FLORA. *(Estupefacta.)*—¿Qué?...

OLANDA. *(Atenta a los ruidos de fuera, poniéndose de pie.)* encio! *(Pausa.)*

IÓSCORO.—Han abierto la puerta de la trampa.

OLANDA.—Y no es Polión. No ha hecho la señal.

IÓSCORO. *(Preparando su revólver.)*—Cuidado...

OTRÁN. *(Apareciendo, linterna en mano, en lo alto de la lera.)*—Por aquí, Pitter Hon.

IÓSCORO.—Es Gotrán. *(Guarda su revólver.)*

LORA. *(Aterrada.)*—(¡El!)

ORONEL.—(¡Asesino!...) *(Bajan la escalera Gotrán y Ho-io. Rolanda y Dióscoro miran a Horacio con desconfianza.)*

OTRÁN. *(Por Horacio.)*—Es Pitter, un amigo de Polión, va a sustituirle esta noche.

OLANDA.—¿Eh? ¿Y mi marido?...

OTRÁN.—Polión está preso.

OLANDA y DIÓSCORO.—¿Eh?

OTRÁN.—Aquel pastor de "El Gallo de Oro" a quien dió lleno con el rompecabezas era Horacio Piffart. Como sin a había por allí muchos policías y le vieron pegar, le si-eron hasta darle caza y...

OLANDA.—¡Dios mío!

IÓSCORO.—Hizo mal en huír hacia la avenida.

OLANDA.—¿Y es mucho el daño que ha hecho al detective?

OTRÁN.—Según éste *(Por Horacio.)* no es posible hacérselo yor.

OLANDA. *(Comprendiendo.)*—¿Eh?... ¿Le ha matado?

ORACIO.—Sí.

OLANDA. *(Aterrada.)*—¿Entonces?...

OTRÁN.—No te apures, Rolanda. De los presidios se sale. me ves a mí aquí. En cuanto a lo demás, nada ha de fal-le.

OLANDA. *(Secándose las lágrimas.)*—¡Polión preso y mi en poder de esa gente!... Este maldito asunto no me dió ca buena espina, Gotrán. Cien veces lo dije. ¡Quién sabe odavía nosotros vamos a caer también!...

OTRÁN.—Eso corre de mi cuenta.

OLANDA.—Es que yo...

OTRÁN.—Tú puedes quitarte de enmedio cuando gustes. te necesitamos ya.

OLANDA.—¿Quién va a cuidar de estos dos?

OTRÁN.—Estos dos, dentro de un rato, no necesitarán del lo de nadie.

LORA. *(Aterrada, temblorosa.)*—¡Dios mío!... ¡¡Madre !!...

OTRÁN.—¿Eh?... ¿Están sin mordaza?

OLANDA.—Es que...

OTRÁN.—¡Pronto!... Amordazadles.

DIÓSCORO. *(Disponiéndose a amordazar a Flora.)*—¡Vamos
FLORA.—¡Virgen santa!... *(Queda amordazada.)*
CORONEL. *(A Horacio, que se le acerca para amordazarle.* ¡Cobardes!... ¡Canallas!...
HORACIO.—A callar, amigo.
CORONEL.—¡Asesinos!
HORACIO. *(En voz baja mientras le amordaza.)*—Animos coronel... *(El coronel le mira con los ojos espantados. Al ter minar de amordazarle, dice Horacio sentándose y cargando s pipa.)* Ya no hay quien interrumpa. Si en las Cámaras pudie ra hacerse lo mismo me haría diputado. *(Pausa.)*
ROLANDA. *(Temerosa. A Gotrán.)*—Entonces, tus proyec tos...
GOTRÁN.—Mis proyectos son los de siempre, Rolanda. Est vez estoy más comprometido que nunca, porque esa maldit Laura me ha descubierto, y más que nunca necesito también n dejar huellas de mis actos. Si el éxito hubiera coronado mi planes hubiera yo logrado el indulto que deseaba y Feroni hubiera sido la dueña del toxpiro Filquemont. He fracasado quiero, por lo menos, hacer las cosas de modo que nadie pued imputarme nuevos delitos. *(Sacando una llave y poniéndola e la cerradura que cierra la reja de la ventana del foro.)* Dentr de un rato, al sonar las doce, me acercaré a esa ventana co una barca. Echadme vosotros los dos cadáveres.
DIÓSCORO y ROLANDA. *(Miedosos.)*—¿Eh?...
GOTRÁN. *(Ya en el primer peldaño de la escalera.)*—¿Tendr que decirlo nuevamente? *(Sube otro peldaño seguido de Ro landa.)*
DIÓSCORO.—Es que...
GOTRÁN. *(Deteniéndose.)*—¿Qué?
DIÓSCORO.—Que a mí Polión no me habló nunca de matar.
HORACIO. *(A Dióscoro.)*—Puede usted marcharse también s gusta. Para tan poca faena me basto y me sobro.
DIÓSCORO. *(Dispuesto a marcharse.)*—Está bien, amigo.
HORACIO. *(A Gotrán.)*—Un arma necesito, patrón. Por pre caución y por desconfianza me quitó usted las mías.
GOTRÁN. *(Dándole un puñal.)*—Toma.
HORACIO.—Está bien.
GOTRÁN. *(A los demás.)*—Vamos. *(Suena dentro un tenu y breve silbido. Quedan todos de una pieza.)*
ROLANDA.—¿Eh?...
GOTRÁN.—¿Cómo?... *(Vuelve a sonar el silbido y Gotrán de un salto, se arroja sobre Horacio y le arrebata el puña que antes le dió.)*
HORACIO. *(Sorprendido.)*—¿Qué?
ROLANDA. *(Al ver a su marido en lo alto de la escalera.)*— ¡Polión!

DIÓSCORO.—¡Polión!
GOTRÁN. *(A Horacio.)*—Ahora veremos si debo devolverte puñal o clavártelo en el corazón.
POLIÓN. *(Bajando la escalera.)*—¿Qué sucede?
GOTRÁN. *(Por Horacio.)*—¿Conoces a este hombre?
POLIÓN. *(Acercándole el farol a la cara.)*—No.
GOTRÁN.—Ha llegado a mí de tu parte diciéndome que estabas preso por haber dado muerte a Horacio Piffart. Como penetró en casa por la cueva cuya entrada sólo tú conoces y se libró cuando iba a caer en manos de la policía, le creí ciegamente.
POLIÓN.—No conozco a este hombre. Cuanto ha dicho es falso.
GOTRÁN.—Por lo visto lo que se proponía era averiguar en qué lugar ocultábamos al coronel Filquemont. ¿No es eso?... Responda.
HORACIO.—¡A qué andar con rodeos si todo ha de ser inútil! Un efecto: era eso lo que deseaba.
GOTRÁN.—Bien cara va a costarte la curiosidad.
HORACIO.—¡Phs! Qué le hemos de hacer. Yo cuando pierdo, pago, aun cuando, como en este caso, tenga que pagar con la vida. *(Se quita la peluca.)*
DIÓSCORO.—¡¡Piffart!!
GOTRÁN.—¿Eh?
POLIÓN.—¡¡Horacio Piffart!!
HORACIO. *(A Polión.)*—Más cuenta me hubiera tenido que aquel golpe que me diste hubiera sido mortal.
POLIÓN.—¿Qué hacemos, Gotrán?
GOTRÁN.—Aseguradle.
DIÓSCORO.—No hay aquí cuerdas...
GOTRÁN.—Quitad las esposas a la muchacha...
POLIÓN.—Sí. *(Quita las esposas a Flora.)*
GOTRÁN. *(Impaciente, acercándose a la ventana del foro.)*—¡Vamos! *(Da una vuelta a la llave y descorre el cerrojo que cubre la reja.)*
POLIÓN. *(A Horacio.)*—Atrás las manos.
HORACIO. *(Volviéndose de espaldas y presentándole las manos.)*—No me defiendo. ¿Para qué? *(Polión le pone las esposas.)*
GOTRÁN. *(A media voz, desde la ventana.)*—¡Amordazad-le!... *(Polión amordaza a Horacio con su propia bufanda.)* Quita esa luz, Rolanda. *(Por el farol que había en el alféizar.)* ¡No se oiga ni una voz!...
DIÓSCORO.—¿Eh?
GOTRÁN.—Se acerca una barca, y cualquier cosa les haría sospechar. ¡Silencio! *(Pausa. Se escucha el acompasado gol-*

pear de los remos.) Doblan la punta del acantilado. Nada hay que temer. *(Abre la reja y se asoma.)*

POLIÓN. *(A media voz.)*—Y bien, Gotrán...

GOTRÁN. *(Siniestramente.)*—Mátalo. *(Horacio retrocede hasta quedar cerca de Flora.)*

POLIÓN. *(Temeroso.)*—Es que no he traído...

GOTRÁN.—¡Cobarde! *(Saca un puñal y da un paso hacia Horacio.)*

ANA. *(Dentro, llamando.)*—¡Padre!...

TODOS. *(Estupefactos.)*—¿Eh?...

GOTRÁN. *(Guardando el puñal.)*—¡Silencio!

ANA. *(Como antes.)*—¡Padre!

ROLANDA.—¡Ana! ¡Nuestra hija!

GOTRÁN.—¡Maldita!... *(Da un paso hacia la escalera.)*

ROLANDA. *(Interponiéndose.)*—¡Por Dios!...

POLIÓN. *(Idem.)*—¡Gotrán! *(Primer plano.. Pausa. Miran todos a la puerta de la escalera. Aprovechando el estupor de todos, Flora, cuyas manos quedaron libres y que tiene a Horacio ante sí, le quita disimuladísimamente una de las esposas. Horacio continúa en la misma postura, sin mover un sólo músculo.—Fin del primer plano.)*

ANA. *(En lo alto de la escalera.)*—Por aquí, señorita.

VIRGINIA. *(Entrando.)*—Déjeme bajar primero, Ana. Si hay algún peligro, soy yo quien debe afrontarlo.

FLORA. *(Que acaba de quitarse la mordaza.)*—(¡Ella!)

VIRGINIA. *(Deteniéndose a la mitad de la escalera.)*—¿Quién es Gotrán Harún?

GOTRÁN.—Yo soy Gotrán Harún.

VIRGINIA.—Yo soy Virginia de Secabia, la cómplice de todos los feronianos que han intentado lograr para su país los inventos de Luis de Filquemont.

GOTRÁN.—Y bien...

VIRGINIA.—Luis de Filquemont acaba de prometer, ante muchas personas, que si quedan en libertad ahora mismo su padre y la mujer en quien él ha puesto su cariño...

FLORA. *(Casi con el aliento.)*—(¡Dios mío!)

VIRGINIA.—Nuestro país y el suyo, en estrecha alianza, serán los poseedores de sus inventos.

GOTRÁN.—¿Pero?...

VIRGINIA.—Si es cierto que trabajaba usted por el bien de Feronia, ponga en libertad ahora mismo a esos desgraciados.

GOTRÁN.—Y de la libertad mía, ¿quién responde?

POLIÓN.—¿Y de la nuestra?

VIRGINIA.—Respondo yo.

GOTRÁN.—No es bastante, señorita.

VIRGINIA.—Puedo garantizar la libertad y la vida de todos.

GOTRÁN. Allá, sí; pero en este país, no.

RGINIA.—Aquí, también. Dilo tú, Ana.
NA.—Gotrán tiene razón, señorita. Nadie habló allí de este
to, y estando sobre aviso la policía...
URA. *(Dentro.)*—¡Favor!... ¡A mí!
DOS.—¿Eh?
URA. *(Entrando en escena, seguida de Marta, y acogién-*
a Virginia, trémula y despavorida.)—¡Piedad, por Dios!...
ARTA. *(Como loca.)*—¡¡Matadla!!... ¡Nos ha vendido!...
amos cercados por la policía!... ¡No hay salvación para
tros!...
OTRÁN.—Habrá salvación y habrá venganza. *(Tirando de*
l.) ¡Nadie podrá salvarte!
ORACIO. *(Arrancándose de un tirón la bufanda y sujetando*
temente a Gotrán.)—¡Quieto!...
OTRÁN. *(Furioso.)*—¡Ah!... ¡A mí!... ¡Matadle!... *(Vor-*
an.)
IRGINIA. *(Aterrada.)*—¡Por Dios!
LORA. *(Gritando.)*—¡Favor!... ¡Socorro!...
ALAMAR. *(Entrando por la ventana del foro y apuntándoles*
su revólver.)—¡Manos arriba!
ODOS.—¡Ah!... *(Unos con alegría y otros con rabia.)*
ALAMAR. *(A Luis y Pan-kú, que aparecen también escalan-*
la ventana para entrar en escena.)—Adelante, señores.
OTRÁN *(Desesperado.)*—¿Pero quién?...
ALAMAR. *(Haciendo su presentación olímpicamente.)*—¡¡Ca-
ar, detective!!

CAE EL TELON-PANTALLA

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, TODOS DE ACUERDO, FACILITABAN LA FUGA DE LOS BANDIDOS FERONIANOS

LA MISMA BARCA QUE HABÍA TRAÍDO A CALAMAR SE DISPONÍA A CONDUCIRLOS A UN PUERTECILLO DEL LAGO CERCANO A FERONIA

GOTRÁN Y MARTA MERECÍAN UN GRAN CASTIGO; PERO LAURA LOGRÓ QUE FUERAN PERDONADOS. ¡ESTABAN TODOS TAN CONTENTOS!... HASTA VIRGINIA PARECÍA FELIZ. ¡LA POBRE! ¡CON SIETE GATOS EN LA BARRIGA Y UN COCODRILO EN CADA HIPOCONDRIO!

AHORA QUE COMO GUAPA... ¡CABALLEROS!

Se levanta el telón-pantalla y están en escena, en el mis- lugar de acción, y con un poco de más luz, Laura, Virgi-, Gúndula, Flora, Ana, Rolanda, Calamar, Gotrán, Hora- Raterio, Luis, Pan-kú y el Coronel. Se supone que están en la barca Marta, Polión y Dióscoro. Está embarcando anda y se disponen a saltar a la embarcación Ana y Gotrán. to a la ventana, y ayudando a los que se van, están Virgi-, Gúndula, Horacio, Raterio y Pan-kú. En primer término la izquierda, Luis abraza a Flora y al Coronel, y en pri- término de la derecha, Laura recibe las caricias de Ca- ar.)

ANA.—¡Cuidado, madre!...

POLIÓN. *(Dentro.)*—Apóyate en mí. *(Desaparece Rolanda.)*

ANA. *(Disponiéndose a saltar.)*—Sujetadme... *(Desaparece.)*

OTRÁN. *(A Raterio.)*—Confío en su palabra.

RATERIO.—Sí. *(Desaparece Gotrán.)*

HORACIO. *(Dirigiéndose a los de la barca.)*—¡Cuidado!... abrá policía por ahí!... Cantad, reid; simulad que sois una milia que vuelve de pasar un alegre día en Nueva Luz...

ANA. *(Dentro.)*—Adiós... *(Se les oye reír y bromear. Un tante después se les oye cantar el coro de los lagarteranos, "El huésped del Sevillano".)*

LAURA. *(A Calamar.)*—¡Gracias a Dios!... Ahora sí que hay nada que enturbie nuestra alegría.

LUIS. *(Abrazando a Flora y a su padre.)*—¡Lo que habéis rido por mí!

CORONEL.—Yo, sí. Esta, no. Los sufrimientos, como eran ti, le parecían venturas.

PANTALLA

Y VEAN USTEDES COMO ACABA ESTO

Sobre un fondo cualquiera aparecen las figuras de Laura Calamar. Se sonríen, se abrazan y cuando van a darse el beso archicinematográfico, cae definitivamente el telón-pantalla con el consabido letrero de

HA TERMINADO

LA FARSA

PUBLICACIÓN SEMANAL DE OBRAS DE TEATRO

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Administración: RIVADENEYRA S. A.—Sección de Publicaciones.

PASEO DE SAN VICENTE, 20.—MADRID

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

MEROS PUBLICADOS

.. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
:. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Berr y rneuil, traducción de José Juan Cadenas y Enrique F. Gurrez-Roig.
.. LA VILLANA de Romero y Fernández Shaw, música maestro Vives.
. LA AVENTURERA, de José Tellaeche, música del estro Rosillo.
. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de Serafín y qnín Alvarez Quintero.
. ATOCHA, de Federico Oliver.
. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena, ptación escénica de una novela de Miguel de la Cuesta.
. LA DEL SOTO DEL PARRAL, de Luis Fernández de rilla y Anselmo C. Carreño, música de los maestros Soutullo Vert.
0. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo)
1. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
2. ME CASO MI MADRE O LAS VELEIDADES DE ENA, de Carlos Arniches.
3. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Armont y Gerbidón, sión castellana de José Juan Cadenas y Enrique F. Gutiéz-Roig.
4. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.

Si quiere usted tener la colección más completa de las obras que se estrenen en Madrid, compre todos los sábados

La Farsa

que publicará las obras
los autores más prestigios
las que mayor expectaci
hayan despertado, las de m
éxito, las más interesant

I QUIERE LEER A LOS MEJORES AUTORES

COMPRE TODOS LOS JUEVES

LA NOVELA MUNDIAL

smerada presentación. La más económica.

Ilustrada por los mejores dibujantes españoles.

olaboran en ella, entre otros, los maestros de la ovela contemporánea española, Pío Baroja, Alerto Insúa, Ramón del Valle-Inclán, Pedro Mata, amón Pérez de Ayala, Manuel Bueno, Rafael Lóez de Haro, Antonio Zozaya, Francisco Camba, ristóbal de Castro y Emilio Carrère, y los nuevos ovelistas Jesús R. Coloma, Valentín de Fedro, an José Lorente, Alberto Marín Alcalde y José Llampayas.

30 CENTIMOS EJEMPLAR

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Madrid:	semestre,	7,50	pesetas;	año,	14 pesetas
Provincias:	semestre,	8,00	—	año,	15 —
Extranjero:	semestre,	13,00	—	año,	24 —

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

IVADENEYRA S. A.-Sección de Publicaciones

Paseo de San Vicente, 20.-MADRID

Rivadeneyra (S. A.) Artes Gráficas.
Paseo de San Vicente, 20. Madrid.